El ciclo del hombre lobo
STEPHEN KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la memoria de Davis Grubb y todas las voces de Gloria.

En la apestosa oscuridad, bajo el pajar, levantó su peluda cabeza. Brillaron sus ojos amarillentos y estúpidos. “Yo hambre”, dijo en un susurro.

HENRY ELLENDER. The Wolf

Treinta días tiene septiembre, con abril, junio y noviembre, veintiocho tiene uno y los demás treinta y uno y nieve y sol radiante y la luna crece en todos diligente.

Rima infantil.

ENERO

En algún lugar, muy alta en el cielo, debía brillar la luna y enviar sus rayos a la tierra, pero aquí, en Tarker's Mills, una tormenta de enero había ocultado el cielo con la nevada. El viento soplaba con violencia por la desierta Center Avenue. Las máquinas quitanieves, pintadas de color butano, hacía ya mucho tiempo que decidieron dejar su inútil trabajo.

Arnie Westrum, el jefe de señales del ferrocarril GS WM, había quedado aislado por la tormenta en una pequeña caseta de señales a unas nueve millas de la ciudad. La nieve había bloqueado su pequeño automotor a gasolina y decidió esperar a que pasara la tempestad, matando el tiempo con un solitario con su grasienta baraja. Afuera el viento pareció lanzar un agudo grito. Westrum, intranquilo, levantó la cabeza, pero casi en seguida volvió a bajar los ojos para concentrarse en el juego. ¡Al fin y al cabo sólo podía tratarse del viento!...

Pero el viento no suele arañar las puertas, ni gemir como pidiendo que se le deje entrar.

Westrum se puso en pie. Un hombre alto, flaco y larguirucho con chaquetón de lana sobre su mono de ferroviario; un cigarrillo Camel le colgaba de la comisura de los labios. Su cara arrugada, típica de los habitantes de Nueva Inglaterra, se iluminó con los tonos suavemente anaranjados de la luz de la lámpara de queroseno que colgaba de una de las paredes de la caseta.

De nuevo sonó aquel ruido, como si alguien arañara en la parte de fuera de la puerta. Debe de ser algún perro extraviado que quiere que lo deje entrar, pensó Westrum. Sí, no puede ser otra cosa... Sin embargo no pudo evitar cierta vacilación. Sería inhumano dejarlo fuera con ese frío, se dijo a sí mismo, aunque no puede decirse que haga calor en la caseta (pese a la estufa eléctrica alimentada por una batería, podía ver los halos de vapor que se escapaban de su boca cuando respiraba). Y no obstante seguía dudando. El helado dedo del miedo parecía taladrarle el pecho, exactamente por debajo del corazón. Tarker's Mills estaba pasando una mala temporada y habían corrido terribles presagios por el pueblo. A Arnie, por cuyas venas corría profusamente la sangre galesa de su padre, no le gustaban nada las cosas que estaban ocurriendo.

Antes de que hubiera decidido qué hacer con aquel extraño visitante llegado de la noche, el suave gemido al otro lado de la puerta se convirtió en un rugido feroz. Se produjo un golpe atronador cuando algo increíblemente fuerte y pesado se lanzó contra la puerta... Aquel "algo" retrocedió..., ¡para volver a golpear de nuevo! La puerta se conmovió en su marco y un soplo de viento dejó entrar por la parte de arriba del quicio, desencajado ya, unos copos de nieve.

Arnie Westrum dirigió la vista a su alrededor buscando algo con que apuntalar la puerta, pero antes de que pudiera -hacer otra cosa que tomar la endeble silla en la que estuvo sentado hasta hacía poco, aquel misterioso ser aullador golpeó de nuevo la puerta, con fuerza increíble, produciéndole una gran grieta de arriba abajo.

Por unos momentos, " la cosa" pareció quedarse apresada en la abertura producida en la puerta por la ruptura de algunas de sus tablas, pataleando y embistiendo, su hocico contraído por un gruñido de rabia y sus amarillos ojos resplandecientes... ¡el mayor lobo que Arnie jamás viera con anterioridad!

Sus rugidos resonaban terriblemente .siniestros, como si fuesen palabras pronunciadas por una garganta humana.

La puerta acabó por astillarse del todo, crujió y cedió. En un momento, aquella "cosa" espantosa estaría dentro.

En un rincón de la cabaña, entre un montón de viejas herramientas, había un pesado pico apoyado contra la pared. Arnie se precipitó para hacerse con él. Mientras tanto, el lobo había logrado librarse de la puerta; se abrió paso hacia el interior de la caseta y se agachó como si se preparara a saltar sobre el hombre acorralado, al que miraba fijamente con sus

terribles ojos amarillos. Las orejas, echadas hacia atrás, parecían pequeños triángulos de piel peluda casi pegados a la cabeza. La lengua le colgaba jadeante. Tras él, la nieve entraba a ráfagas por la puerta, totalmente rota por el centro.

Con un rugido el animal saltó para atacar a Arnie Westrum, que volteó el pico.

¡Sólo una vez!

La luz de la lámpara se reflejaba fuera, desigualmente, sobre la nieve helada y a través de la puerta destrozada.

El viento continuaba aullando y gimiendo.

¡Comenzaron los gritos!

Algo inhumano había llegado a Tarker's Mill, algo tan invisible como la luna oculta por la tormenta que debía cabalgar por el cielo, muy alta por encima de nosotros. Era el hombre-lobo, el werewolf. No había ninguna razón especial que justificara su llegada precisamente en esos momentos, como no la habría tampoco para la llegada del cáncer, o de un psicópata que llevara en su mente la idea del asesinato, o de un tornado mortal. Simplemente había sonado su hora, la hora del hombrelobo, que era ésta, como éste era precisamente el lugar, esta pequeña ciudad del estado norteamericano de Maine, donde las reuniones de los fieles en la iglesia para su cena semanal de judías hervidas constituía un acontecimiento, donde los niños aún regalaban manzanas a sus maestros y las excursiones al aire libre del Club de los Senior Citizens eran relatadas fielmente en el semanario local. Un semanario que en su próxima edición tendría en sus páginas noticias más tétricas.

Fuera de la caseta, las huellas del hombre-lobo comenzaban lentamente a ser cubiertas por la nieve, que no cesaba de caer. El aullar del viento parecía tener un tono de salvaje alegría, como si disfrutara con la tragedia. Un sonido horrible, desprovisto de corazón, en el que no había nada de Dios ni de Luz. Todo era negro invierno y un hielo oscuro que congelaba el alma.

¡El ciclo del hombre-lobo había comenzado!

FEBRERO

"¡Oh, el amor...!", pensaba Stella Randolph, echada en su estrecha cama de virgen. A través de la ventana entraba la luz fría y azulada de la luna llena en la noche de San Valentín.

El amor, el amor, el amor... El amor debe ser como...

Aquel año Stella Randolph, que dirigía la peluquería Set and Sew, había recibido veinte tarjetas postales de felicitación especialmente pensadas para el Día de los Enamorados. Una de Paul Newman, otra de Robert Redford, una tercera de John Travolta... E incluso una de Arce Frehley, del grupo rockero Kiss. Las postales estaban abiertas sobre su escritorio al otro lado de la habitación, iluminadas por la luz de la luna fría y azulada. Se las había enviado ella misma, este año como cada año.

El amor debe ser como un beso al atardecer..., como el último beso, el auténtico, el verdadero, al término de las historias románticas de la colección Arlequín... ¡El amor debe ser como un aroma de rosas a la hora del crepúsculo!

Todos se reían de ella en Tarker's Mills, sí, todos. Los niños se burlaban y le tomaban el pelo a sus espaldas y en ocasiones, si se sentían seguros al lado opuesto de la calle y el agente Neary no estaba por allí, le cantaban canciones alusivas a su exceso de peso con sus voces suaves y agudas de soprano. Pero ella conocía el amor y sabía emocionarse con la luz de la luna. Su peluquería, casi en ruinas, se iba derrumbando poco a poco, y era cierto que ella pesaba demasiado, pero en algunos momentos como entonces, en aquella noche de ensueños y con la luna como una suave marea azulada penetrando por los cristales de la ventana empañados por la helada, le parecía como si el amor todavía fuera posible. El amor y el aroma

grato del verano, cuando él llegara...

El amor será como el áspero roce de la mejila l de un hombre que araña y rasca...

De repente algo arañó en la ventana.

Stella se apoyó sobre los codos y la colcha resbaló, dejando al descubierto su trasero exuberante. La luz de la luna había sido interceptada por una sombra oscura, amorfa, pero con contornos claramente masculinos. Y la mujer pensó: "Estoy soñando... y voy a dejarme arrastrar por mis sueños, seré yo misma y tendré un orgasmo. Hay quienes creen que ésa es una palabra sucia, pero no es así, es una palabra limpia y cristalina, una palabra correcta... El amor es como un orgasmo."

La joven se levantó, convencida ciertamente de que se trataba de un sueño, porque allí, agachado, había un hombre, un hombre al que ella conocía, un hombre con el que se cruzaba en la calle casi cada día. Era...

(el amor, el amor que legaba, el amor que ya había legado.)

Pero cuando sus dedos gordos como morcillas se posaron sobre el frío marco de la ventana vio que no se trataba de un hombre. Lo que había fuera era un animal, un lobo enorme de pelo hirsuto, con las patas delanteras posadas en la parte exterior del alféizar de la ventana y las traseras casi hundidas por completo en la nieve blanda que se acumulaba junto a la fachada occidental de su casa situada en las afueras de la ciudad.

"Estamos en el Día de San Valentín y tiene que reinar el amor", pensó. Sus ojos la habían engañado incluso en su ensueño. No, no se trataba de un animal, era un hombre precisamente aquel hombre tan perversamente bello.

(perversidad..., ¡sí, el amor debe ser perverso!)

y él había llegado, precisamente en aquella noche cubierta por la luna, para poseerla. Sí, lo haría...

La joven abrió la ventana y fue el golpe frío del aire que agitó su delgado camisón azul el que le dijo que aquello no era un sueño. El hombre se había marchado y ella, con una sensación de desfallecimiento, se dio cuenta de que el hombre nunca había estado allí. Con un estremecimiento Stella dio unos pasos hacia atrás y el lobo, suavemente, saltó por la ventana y penetró en la habitación. Se sacudió la nieve, haciendo que una cascada de polvo blanco y finísimo brillara un momento en la oscuridad.

Pero el amor..., ¡el amor es como... como... como un grito...

¡Demasiado tarde! Demasiado tarde ya para recordar a Arnie Westrum descuartizado en la pequeña caseta del guardagujas, al oeste del pueblo, sólo un mes antes... ¡Demasiado tarde!

El lobo se deslizó arrastrándose hacia ella, con sus amarillos ojos brillantes por la lujuria. Stella Randolph retrocedió lentamente hacia su estrecha cama de virgen hasta que la parte de atrás de sus gordas pantorrillas tropezaron con el borde del colchón y se derrumbó sobre la cama.

La luz de la luna dio a la hirsuta piel de la bestia una tonalidad de plata.

Sobre. el escritorio las tarjetas de San Valentín se agitaron levemente, movidas por el viento helado que entraba por la ventana abierta. Una de ellas voló y cayó al suelo planeando suavemente, cortando el aire con arcos abiertos y silenciosos.

El lobo puso las patas delanteras sobre la cama, una a cada lado de la obesa Stella, que pudo oler su aliento... caliente, pero no desagradable. Sus ojos amarillos estaban clavados fijamente en ella.

"Amor", murmuró la mujer, cerrando los ojos.

El lobo se echó sobre ella.

Amar es como morir lentamente.

MARZO

La última y auténtica ventisca del año -pesada, la nieve blanda se convertía en aguanieve al atardecer, cuando la noche se acercaba- había caído sobre Tarker's Mills desgarrando las ramas de los árboles con un sonido crepitante, como de disparos, de la madera podrida. La madre naturaleza se estaba librando así de la madera muerta. Milt Sturmfuller, el librero del pueblo, hablaba con su esposa mientras tomaban unas tazas de café. El librero era un hombre delgado, con la cabeza estrecha y unos ojos azules pálidos, que había mantenido a su esposa, bonita y callada, en un cautiverio de terror durante doce años. Había muy pocas personas que sospecharan la verdad -la esposa del agente de policía Neary, Jane, era una de ellas-, pero la pequeña ciudad podía ser un lugar muy oscuro y nadie estaba seguro de lo que hacían los otros. La ciudad sabía conservar sus secretos.

Milt se sintió tan complacido con su frase que la repitió de nuevo: "Sí, mamá, la naturaleza está podando su madera muerta...", y en esos momentos la luz se apagó y Donna Lee Sturmfuller dejó escapar un breve grito contenido. Y derramó, también, un poco de su café.

-Vas a limpiarlo -dijo su marido con frialdad-. Lo vas a limpiar inmediatamente, ¡ahora mismo!

-Sí, cariño. Está bien.

En la oscuridad buscó insegura un trapo de cocina con el que limpiar el café que había derramado y se golpeó las espinillas contra un taburete, lo que la hizo lanzar un grito ahogado de dolor. En la oscuridad, su marido se rió satisfecho. Los dolores de su esposa le parecían lo más gracioso del mundo, excepto quizá los chistes que publicaba el Reader's Digest. Aquellos chistes -humor en uniforme, la vida en su Estados Unidos- tenían la virtud de hacerle cosquillas en el estómago.

Al mismo tiempo que la madre naturaleza podaba sus ramas secas, había derribado algunas líneas eléctricas en aquella terrible noche de marzo, cerca de Tarker Brook; la cellisca se había ido haciendo cada vez más densa y pesada sobre las grandes líneas, cubriéndolas hasta que cayeron sobre la carretera como un nido de serpientes retorciéndose perezosamente y escupiendo azuladas chispas.

Y todo Tarker's Mills se quedó a oscuras.

Satisfecha finalmente, la tormenta comenzó a amainar y poco antes de medianoche la temperatura había descendido de los cero a los ocho grados bajo cero. El agua nieve se heló formando sólidas esculturas de extrañas formas. El henar del Viejo Hague, conocido localmente como el Prado de los Cuarenta Acres, adquirió un aspecto quebrantado y brillante. Las casas continuaron en la oscuridad mientras las estufas de petróleo crepitaban al enfriarse. Los técnicos de la compañía eléctrica no estaban en condiciones de lanzarse a las carreteras cubiertas de hielo y resbaladizas como una pista de patines.

Las nubes fueron abriéndose. Entre las que todavía quedaban en el cielo se filtraban los rayos de la luna llena. La calle Mayor, cubierta por una capa de hielo, brillaba como un hueso descarnado y seco.

En la noche algo comenzó a aullar.

Posteriormente nadie supo decir de dónde había llegado aquel siniestro sonido. Estaba en todas partes y en ninguna, mientras la luna llena plateaba los muros de las casas oscurecidas del pueblo. Estaba en todas partes y en ninguna, cuando el viento de marzo comenzó a ganar intensidad y el tétrico aullido resonó como si brotara del cuerno de caza de un difunto Berserker y era arrastrado por el viento, solitario y salvaje.

Donna Lee lo oyó cuando su desagradable esposo dormía el sueño de los justos a su lado; lo oyó también el agente Neary mientras estaba de pie, vestido con su mono de dormir de lana, detrás de la ventana del dormitorio de su apartamento en la calle del Laurel; y Ollie

Parker, la directora del instituto de enseñanza media, gorda y poco eficiente, desde su propia alcoba. Lo oyeron muchos otros también, entre ellos un muchacho paralítico sentado en su silla de ruedas.

Pero nadie lo vio. Ni nadie sabía el nombre del vagabundo cuyo cuerpo fue encontrado por el empleado de la compañía eléctrica que finalmente, por la mañana, había salido de Tarker Brow para reparar los cables rotos. El cuerpo del vagabundo estaba cubierto con una capa de nieve helada, la cabeza hacia atrás y la boca abierta como si la muerte lo hubiese sorprendido mientras gritaba. El viejo abrigo y la camisa que llevaba debajo estaban abiertos y desgarrados. El hombre yacía en un charco helado de su propia sangre, con los ojos fijos en las líneas eléctricas caídas, las manos aún alzadas en un gesto de defensa, el hielo endurecido entre los dedos. A todo su alrededor había marcas de huellas. ¡Las huellas de las patas de un lobo!

ABRIL

Para mediados de mes la última de las nevadas se había transformado en una lluvia torrencial y algo sorprendente sucedió en Tarker's Mills. El campo comenzó a cubrirse de verde. El hielo en el abrevadero de Matty Tellingham se había fundido y las manchas de nieve que habían quedado sobre el camino del bosque, llamado el Gran Bosque, habían comenzado a derretirse. Parecía como si el viejo y maravilloso juego de manos que convierte el frío en verdor y calidez fuera a suceder de nuevo. La primavera estaba a punto de llegar.

Los habitantes del pueblo celebraron el acontecimiento, pese a las sombras que habían caído sobre la aldea. La abuela Hague hizo unas empanadas y las dejó en la parte de fuera de la ventana de la cocina para que se enfriaran. El domingo, en la iglesia baptista de la Gracia, el reverendo Lester Lowe leyó parte del Cantar de Salomón y pronunció un sermón que llevaba el título de La primavera del amor de Dios. En un ámbito más secular, Chris Wrightson, el mayor de los borrachos de Tarker's Mills, tomó su gran trompa de primavera y dio un espectáculo en la calle, bajo la luz irreal y plateada de una luna de abril casi en plenilunio. Billy Robertson, dueño y barman de la taberna de Tarker's Mills, la única del pueblo, lo vio salir y comentó con la camarera:

-Si el lobo se lleva a alguien esta noche, apostaría a que será Chris.

-No me hable de ello -replicó la camarera, estremeciéndose. Se llamaba Elise Fournier, tenía veinticuatro años, acudía a la iglesia baptista de la Gracia y cantaba en el coro porque sentía cierta debilidad sentimental por el reverendo Lowe. Pero estaba decidida a dejar el pueblo en el verano, debilidad o no, pues aquel asunto del lobo había acabado por asustarla. Había empezado a pensar que las propinas podían ser mejores en Portsmouth... ¡Y allí los únicos lobos eran los marinos en uniforme!

Las noches en Tarker's Mills, cuando la luna empezó a crecer por tercera vez en aquel año, eran momentos muy desagradables e incómodos... De día las cosas iban mejor. Para los habitantes del pueblo cada atardecer traía consigo el final de aquel cielo lleno de cometas con las que se divertían los niños del pueblo.

Brady Kinkaid, de once años de edad, tenía una de esas cometas, en forma de buitre y, mientras jugaba con ella, perdió toda sensación del transcurrir del tiempo, divertido al sentir los tirones de la cuerda en sus manos, lo que hacía que su cometa le pareciera un ser vivo, mientras la observaba ascender y bajar en el firmamento por encima del quiosco de la música. Se había olvidado de que era la hora de ir a casa a cenar, sin darse cuenta que las otras cometas manejadas por los demás niños del pueblo ya habían desaparecido una a una y los chavales habían regresado a casa llevándose sus juguetes debajo del brazo, sin advertir que lo habían dejado solo.

Fue la llegada del atardecer, el avance de las azules sombras anunciadoras de la noche, lo que le advirtió que se había quedado demasiado tiempo... Esas sombras y la luna que acababa de aparecer en el horizonte, sobre el bosque al otro extremo del parque. Por vez primera la luna aparecía trayendo consigo el buen tiempo, una luna turgente y anaranjada, en vez de fría y blanca, pero Brady no se dio cuenta de ello. Sólo sabía que se le había hecho tarde y que su padre posiblemente le iba a castigar por ello... ¡y que se iba haciendo oscuro!

En la escuela se había reído de sus condiscípulos cuando éstos contaban terribles historias sobre el hombre-lobo, que, de creerlos, había dado muerte al vagabundo el mes anterior, a Stella Randolph en febrero y a Arni Westrum en enero. Pero en estos momentos no tenía ganas de reír. Cuando la luna transformó la oscuridad vespertina del mes de abril en un resplandor rojo y sangriento, todas aquellas historias le parecieron reales, demasiado reales.

Empezó a recoger cuerda para hacer bajar su cometa todo lo de prisa que le fue posible, haciendo descender su buitre de plástico, cuyos ojos ensangrentados destacaban en el cielo que se iba oscureciendo. Lo quiso bajar con demasiada rapidez y, de repente, la brisa pareció quedarse en calma. Como consecuencia de ello la cometa cayó detrás del quiosco de la música.

Se dirigió hacia allí, recogiendo cuerda mientras avanzaba, sin poder evitar mirar nerviosamente hacia atrás por encima del hombro... y de repente la cuerda empezó a resistirse y después a moverse hacia adelante y atrás, como si alguien se divirtiera tirando de ella y soltándola

de nuevo, con un movimiento que le recordó al niño el movimiento de carrete en la caña de pescar cuando había enganchado una buena presa en el arroyo de Tarker, más arriba del molino. Miró hacia delante cuando la cuerda se quedó floja.

Un rugido llenó la noche de repente y Brady Kincaid gritó. Ahora creía. Sí, ahora creía con todas sus fuerzas, pero ya era demasiado tarde y su grito quedó ahogado entre el ronco rugido que de repente ascendió hasta convertirse en un aullido helado y aterrador.

El lobo se dirigió hacia él, andando sobre sus dos patas traseras, su áspera piel teñida de color naranja por la luna llena que acababa de aparecer en el horizonte. Sus ojos brillaban como dos linternas verdosas y en una de sus manos delanteras -una mano con dedos humanos, pero con garras en vez de uñas- llevaba la cometa de Brady, cuya silueta, como si fuera una auténtica ave de presa, parecía aletear enloquecida.

Brady se dio la vuelta y empezó a correr, pero unos brazos secos y fuertes lo rodearon. Pudo oler algo que parecía una mezcla de sangre y canela. Al día siguiente fue encontrado apoyado contra el monumento de los Caídos, decapitado y desmembrado, con su cometa de buitre en una de sus manos agarrotadas.

La cometa se agitaba como si quisiera volver a ascender al cielo cuando el grupo que había salido en busca del chiquillo dio con su cuerpo y se quedó horrorizado y con ganas de vomitar. Se agitaba porque la brisa volvía a soplar de nuevo, como si presintiera que aquél iba a ser un buen día para hacer volar cometas.

MAYO

La noche anterior al domingo de Homecoming, una de las fiestas de la iglesia baptista de la Gracia, el reverendo Lester Lowe tuvo un terrible sueño del que se despertó temblando y bañado en sudor, con la mirada fija en las estrechas ventanas de la casa parroquial. A través de ellas, al otro lado de la carretera, podía ver su iglesia. La luz de la luna penetraba por las ventanas del dormitorio de la rectoría con sus tranquilos rayos plateados y, por un momento, esperó completamente convencido de que iba a ver el hombre-lobo sobre el que todos sus feligreses hablaban en voz baja. Después cerró los ojos y rezó pidiendo perdón por su

momento de superstición, y terminó su oración susurrando en voz baja: "En el nombre de Jesús, amén..." Como su madre le había enseñado que debía terminar sus plegarias.

¡Ah, pero aquel sueño...!

En su sueño ya era el día siguiente y había estado pronunciando su sermón de Homecoming. En ese domingo la iglesia siempre estaba llena de fieles (sólo los más viejos de sus feligreses seguían llamándolo el domingo del Viejo Hogar) y en lugar de las hileras de bancos vacíos a medias o completamente, como ocurría cada domingo, en esa ocasión todos estaban llenos por completo.

En su sueño había predicado con un fuego y una fuerza que raramente conseguía en realidad. Acostumbraba hablar con voz monótona y perezosa, lo que podía ser una de las razones de que la asistencia a la iglesia baptista de la Gracia hubiera disminuido de modo tan drástico en los últimos diez años más o menos. En aquella mañana, sin embargo, su lengua parecía haber recibido el toque del Espíritu Santo y se dio cuenta de que había predicado el mejor de los sermones de toda su vida. Su tema había sido LA BESTIA CAMINA ENTRE NOSOTROS. Una y otra vez martilleó, insistiendo sobre ese punto, sin apenas darse cuenta de que su voz se iba haciendo cada vez más áspera, más fuerte y que sus palabras adquirían casi un ritmo poético.

La Bestia, les había dicho a sus feligreses, está en todas partes. El gran Satanás puede estar en todas partes. En los bailes de la escuela superior, mientras se compra un cartón de Marlboro y un encendedor de gas Bic en la Trading Post, de pie delante del Drugstore Brighton, mientras se comía un bocadillo Slim Jim, o mientras esperaba el autobús de las 4.40 de la Greyhound que iba a Bangor. La Bestia podía estar sentada al lado de cualquiera en el concierto de la banda municipal, o mientras degustaba una empanadilla en Chat'n Chew, en la calle Mayor. "La Bestia", repitió a sus feligreses mientras su voz se convertía en un susurro que parecíá tener vibración propia y todos los ojos estaban fijos en él. Mantenía a sus oyentes como en un estado de sumisión. "Guardaos de la Bestia, vigilad, porque la Bestia puede sonreír y deciros que es vuestro vecino, pero, ¡oh, hermanos míos!, sus dientes son afilados y podéis identificarla, también, por la forma de mirar de sus ojos. Él es la Bestia y él está ahora aquí, en Tarker's Mills. Él..."

Pero de pronto se interrumpió, su elocuencia había desaparecido porque algo estaba sucediendo allí, en su iglesia soleada. Su congregación estaba comenzando a cambiar y se dio cuenta, con horror, que se estaban convirtiendo en hombres-lobo, todos ellos, los trescientos miembros de su iglesia: Victor Bowle, el feligrés más preclaro, por lo corriente tan blanco, gordo y fláccido... Su piel se estaba volviendo marrón, áspera y velluda, cubierta de pelo negro. Violet MacKenzie, que daba clases de piano..., su flaco cuerpo de solterona se endurecía y su delgada nariz se aplastaba hasta convertirse en un hocico lobuno. El gordo profesor de ciencias, Elbert Freeman, que parecía hacerse aún más grueso y fornido mientras saltaban las costuras de su traje azul brillante para dejar salir manojos de pelo áspero y oscuro, como si fueran el relleno de un viejo sofá cuyos muelles hubiera roto el tapizado. Sus gruesos labios se abrían como ampollas para dejar al descubierto dientes del tamaño de teclas de piano.

"La Bestia", trató de decir el reverendo Lowe en su sueño, pero le faltaron las palabras y retrocedió en el púlpito al ver con horror cómo Cal Brodwin, el diácono principal de la iglesia baptista de la Gracia se dirigía vacilante hasta el centro de la nave del templo, rugiendo, haciendo caer el dinero de la colecta que estaba realizando y que llevaba en una bandeja de plata, con la

cabeza echada a un lado. Violet MacKenzie estaba echada sobre él y ambos rodaron juntos y abrazados por el suelo del templo, mordiéndose y aullando con voces que casi eran humanas.

Librodot

Y entonces los demás se unieron a ellos y el sonido de sus rugidos apagados le recordó el de un parque zoológico en el momento del reparto de la comida. Lowe también lanzó un grito en una especie de éxtasis: "¡La Bestia! ¡La Bestia está en todas partes! ¡En todas partes! ¡En todas...".

Pero su voz hacía ya tiempo que había dejado de ser su voz y se había convertido en un sonido inarticulado, ronco como un aullido, y cuando bajó los ojos vio que las manos que salían por debajo de los puños de su casulla negra y oro se habían convertido en peludas garras.

Y en ese momento despertó.

"Ha sido un sueño -pensó volviendo a echarse en al cama-. Tan sólo un sueño, gracias a Dios."

Pero cuando abrió las puertas de la iglesia aquella mañana, la mañana de un domingo solemne y festivo, la mañana de la noche de plenilunio, no fue un sueño lo que apareció ante sus ojos, sino el cuerpo degollado de Clyde Corliss, el hombre que actuaba como conserje de la iglesia desde hacía muchos años, caído cabeza abajo sobre el púlpito. Su escoba estaba muy cerca de él.

Nada de eso era un sueño, aunque el reverendo Lowe hubiera deseado que lo fuera. Abrió los labios con un gran suspiro que trató de contener pero no pudo hacerlo y comenzó a gritar.

La primavera había vuelto, una vez más, y aquel año la Bestia había llegado con ella.

JUNIO

En la noche más corta del año, Alfie Knopler, que dirigía el Chat'n Chew, el único café de Tarker's Mills, limpiaba el gran mostrador de formica hasta hacerlo brillar con las mangas de su camisa blanca, arremangadas por encima de sus antebrazos tatuados y musculosos. En aquellos momentos el café se hallaba completamente vacío, y cuando terminó de limpiar el mostrador, descansó por un momento con la vista fija en la calle y recordó cómo había perdido su virginidad en una fragante noche de principios de verano muy semejante a aquélla... La chica había sido Arlene McCune, ahora convertida en la señora Bessey, tras su matrimonio con uno de los jóvenes abogados de más éxito en Bangor. ¡Dios mío... ! ¡Cómo se había movido la joven en el asiento trasero de su coche y qué dulce fue el aroma de la noche!

La puerta se abrió al verano y dejó entrar una brillante marea de luz lunar. Alfie pensaba que si el café estaba vacío era debido a que la gente creía que la Bestia solía pasearse en noche de plenilunio como aquélla, pero él no estaba asustado ni preocupado siquiera. No estaba asustado porque pesaba más de cien kilos de músculos conseguidos en su tiempo de marino. Tampoco se preocupaba por la marcha del local, porque sabía que sus clientes regulares volverían al café a primeras horas de la mañana, tan pronto saliera el sol para devorar sus huevos con patatas fritas y su café. "Quizá debo cerrar un poco antes que de costumbre esta noche -pensó-; apagar la cafetera, comprar un par de cigarrillos en el Market Basket y ver la segunda película en el cine para automóviles." Junio, junio y luna llena... Una noche excelente para el bar en la carretera y tomar un par de cervezas. Una buena noche para recordar las conquistas del pasado.

Se había vuelto para apagar la cafetera cuando la puerta se abrió. Alfie se volvió resignado.

- ¡Hola!... ¿Qué hace por aquí? -preguntó, porque el recién llegado era uno de sus clientes habituales, pero uno de los que no solía aparecer por el café después de las diez de la mañana.

El cliente respondió a su saludo con una inclinación de cabeza y ambos cambiaron unas palabras amistosas.

-¿Café? -le preguntó Alfie al ver que el cliente se sentaba en uno de los taburetes tapizados de rojo que había junto a la barra.

-Sí, por favor.

"Bien: aún tengo tiempo para ver la segunda sesión -pensó Alfie, volviéndose de espaldas para preparar el café-. No tiene aspecto de encontrarse bien y no se quedará mucho rato. Parece cansado, enfermo... Sí, aún tendré tiempo para..."

La sorpresa y el temor borraron el resto de sus pensamientos. Alfie se quedó con la boca abierta con expresión estúpida. La cafetera estaba tan limpia como el resto del Chat'n Chew, y su cilindro de metal relucía como un espejo. Y en su superficie convexa y lisa vio algo que le pareció tan increíble como monstruoso. Su cliente, al que veía cada día, alguien al que todo el mundo veía cada día en Tarker's Mills, estaba transformándose. El rostro de su cliente se estaba contrayendo, como si se fundiera y, al mismo tiempo, se hiciera más ancho, más gordo. La camisa de algodón del visitante se iba tensando sobre su torso... y de repente se desgarró y sus botones saltaron... Y, absurdamente, lo único en lo que Alfie Knopler pensó fue en la serie de televisión que su sobrinito Ray solía ver en la televisión: La Masa (The Incredible Hulk).

El rostro del cliente, normalmente agradable y poco notable, se transformó poco a poco en algo bestial. Los ojos de color pardo suave parecían haber adquirido una extraña luminosidad y un terrorífico color dorado-verdoso. El cliente lanzó un grito..., pero un grito que se quebró y cayó como un ascensor en medio de un registro de sonidos hasta transformarse en un terrible aullido de rabia.

Aquello, lo que quiera que fuese, la cosa, la Bestia, el hombre-lobo, se había subido sobre el brillante mostrador de formica y tiró por el suelo un azucarero. Tomó el gran cilindro de vidrio mientras rodaba desparramando el azúcar y lo lanzó contra la pared de enfrente, donde estaban los frascos con Jas especias, sin dejar de rugir.

Alfie se giró y con las caderas chocó con la cafetera de cristal, que tiró de su soporte y cayó sobre el suelo, donde se rompió tras una explosión, derramando el café caliente que le quemó los

tobillos. Alfie gritó de miedo y dolor. Sí, ahora tenía miedo, pese a sus cien kilos de buen músculo de marinero. Lo había olvidado todo, su fuerza, a su sobrino Ray, el asiento trasero de su automóvil con Arlene McCune. Sólo quedaba la Bestia, la Bestia que estaba allí, ante él, como un terrible monstruo de una película de terror, un monstruo horrible y furioso que se hubiera escapado de la pantalla.

El monstruo se subió encima de la barra del café con una terrorífica facilidad muscular, los pantálones rotos y la camisa rasgada. Alfie pudo oír las llaves y las monedas sueltas que tintineaban en sus bolsillos.

La Bestia se lanzó sobre Alfie, que trató de retroceder, pero tropezó con la máquina de hacer café y cayó a lo largo sobre el linóleo rojo. Allí pudo oír un nuevo rugido terrible y sintió una oleada de aliento cálido y amarillento y, después, un dolor terrible cuando las poderosas mandíbulas de aquella criatura diabólica se clavaron en los músculos deltoides de su espalda, que desgarró hacia arriba con enorme fuerza. La sangre salpicó el suelo, la barra y la parrilla.

Alfie se puso en pie con un terrible desgarro, un hondo agujero que le abría la espalda. Trató de gritar y la blanca luz lunar, la luz de la luna de verano, penetró por la ventana y se reflejó en sus ojos.

La Bestia se lanzó de nuevo contra él.

Lo último que vio Alfie fue la luz de la luna.

JULIO

Cancelaron los fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

Marty Coslaw no despertó muchas simpatías entre sus amigos cuando se le comunicó la noticia. Tal vez porque no supieron comprender lo profundo de su dolor.

- ¡No seas tonto! -le dijo su madre bruscamente. Solía ser dura frecuentemente con él y, cuando intentaba justificar su brusquedad consigo misma, se decía que no había razón para mimar al muchacho simplemente porque era un minusválido, porque estaría obligado a pasarse toda su vida en una silla de ruedas.

-Espera al año próximo -le dijo su padre, dándole un golpe cariñoso en la espalda-. Será doblemente bueno; sí, doblemente bueno, muchacho. ¿Eh, eh? No te preocupes.

Herman Coslaw era el profesor de educación física en el instituto de enseñanza media de Tarker's Mills y acostumbraba hablar con su hijo con lo que él creía debía ser el tono de un padre comprensivo y un buen camarada. Y le decía "Eh, eh" con mucha frecuencia, como si fuera un estribillo. La verdad era que Marty ponía un poco nervioso a Herman Coslaw. Éste vivía en un mundo de chicos violentos y fuertes, llenos de actividad, que hacían carreras, jugaban al béisbol y nadaban con rapidez. Y mientras estaba en pleno trabajo de entrenamiento le bastaba volver la cabeza para ver a Marty, cerca de él, sentado en su silla de ruedas, observándolo. Esto lo ponía nervioso, y cuando Herman estaba nervioso hablaba con aquella voz de amigo mayor y repetía su "Eh, eh" y llamaba a su hijo "muchacho" y "golfillo" en tono cariñoso.

- ¡Vaya, vaya! ¡Por fin una vez que no consigues lo que quieres! -le dijo su hermana mayor cuando Marty trató de explicarle cuánto había esperado aquella noche, cómo esperaba su llegada cada año, las flores de luz de los fuegos de artificio en el cielo sobre el pueblo, los brillantes colores de los cohetes y sus atronadoras explosiones que repetían su eco una y otra vez sobre las bajas colinas que rodeaban la pequeña ciudad.

Kate, la hermana mayor, tenía trece años, lo que la hacía sentirse "mayor" frente a los diez de Marty. Y trataba de convencer a todos de que quería mucho a su hermano, precisamente porque éste no podía andar. Pero en el fondo estaba encantada de que los fuegos artificiales hubieran sido suspendidos.

Incluso el abuelo Coslaw, con cuya simpatía solía contar siempre, no se sintió impresionado.

- ¡Nadie va a suspender las fiestas del Cuatro de Julio, muchacho! -le dijo con su notable acento eslavo. Estaba sentado en el porche de la casa y Marty cruzó las grandes puertas deslizantes que daban a la terraza con su silla de ruedas de motor accionado por baterías para hablar con él.

El abuelo Coslaw estaba sentado contemplando la falda del prado que se extendía hasta el bosque con una copa de schnapps en la mano. Eso estaba sucediendo la tarde del 2 de julio; es decir, dos días antes de la fiesta nacional.

-Sólo se cancelarán los fuegos artificiales. Y ya sabes la razón.

Marty lo sabía. El asesino era la causa. En los periódicos se le llamaba el Asesino de la Luna Llena, pero Marty había oído muchos otros rumores que circularon entre los alumnos antes de que terminaran las clases con las vacaciones veraniegas. Muchos de los niños iban diciendo por ahí que el Asesino de la Luna Llena no era un hombre real, sino una especie de criatura sobrenatural, un hombre-lobo posiblemente. Marty no lo creía. Para él los hombres-lobos eran sólo cosa de las películas de miedo, pero pensó que podía ser algún tipo chalado que sentía necesidad incontrolable de matar en las noches de plenilunio. Y los fuegos artificiales habían sido suspendidos por esa especie de estúpido toque de queda.

En el mes de enero, sentado en su silla de ruedas junto a las puertas corredizas de la terraza, observando cómo el viento hacía correr los copos de nieve sobre el suelo cubierto por una cristalina capa de hielo duro, o de pie junto a la puerta principal, con sus piernas

artificiales, rígido como una estatua, mientras observaba a los otros chiquillos que empujaban sus trineos hacia la colina de Wright, fue un consuelo para él pensar en la noche de los fuegos artificiales. Evocar la cálida noche de verano, una Coca-cola en la mano, las rosas de fuego floreciendo en la oscuridad, las ruedas de artificio girando y la bandera norteamericana formada por las bengalas.

Pero los mayores habían decidido suspender los fuegos artificiales... Y dijeran lo que dijeran. Marte tenía la sensación de que era realmente todo el Cuatro de Julio, su Cuatro de Julio, lo que habían condenado a muerte.

Sólo su tío Al, que había llegado a la ciudad ya bien entrada la mañana para compartir el tradicional salmón fresco con guisantes con la familia, lo había comprendido. Lo había escuchado con atención, de pie en la terraza, mientras el agua goteaba de su empapado traje de baño (los demás estaban nadando y divirtiéndose en la nueva piscina de los Coslaw, al otro lado de la casa), después del almuerzo.

Marty terminó y alzó los ojos para mirar a su tío A1 ansiosamente.

- ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? ¿Lo comprendes? No tiene nada que ver con que sea un inválido, como diría Katie, o que identifique a Estados Unidos con los fuegos artificiales, como piensa el abuelo. Sólo que no es justo que, tras haber esperado algo con tanta ilusión... No es justo que Victor Bowle y un estúpido concejo municipal salga ahora diciendo que los suspende. No debe suspender algo que uno necesita tanto. ¿Lo comprendes?

Hubo una pausa larga y pesada mientras el tío Al estudiaba la cuestión planteada por Marty. Tiempo suficiente para que Marty pudiera oír el arrastrarse de la plancha de buceo en el fondo de la piscina, seguido por las palabras entusiásticas del padre en el agua:

-¡Mira, Kate, mira!... ¡Eh, eh, fantástico! ¡Realmente fantástico!...

Tío Al dijo con calma:

-¡Vaya si te entiendo! Tengo algo para ti; creo que te gustará. Quizá tú mismo puedas celebrar el Cuatro de Julio por tu cuenta.

-¿Por mi cuenta? ¿Qué quieres decir?

-Ven conmigo a mi auto, Marty, tengo algo..., bueno, ya lo verás; ven, que voy a enseñártelo.

Al se dio la vuelta y se encaminó por la senda de cemento que rodeaba la casa antes de que Marty pudiera insistir preguntándole qué quería decir.

La silla de ruedas se puso en marcha con el zumbido de su motor eléctrico por el camino de cemento, alejándose de los ruidos de la piscina -zambullidas, gritos alegres, risas y el sonido de la plancha de buceo-. Lejos de la voz atronadora del mejor amigo de su padre. El sonido de su silla de ruedas era un sordo zumbar, como el de un gran insecto, que Marty apenas oía... Toda su vida ese sonido, o el craquear de sus piernas artificiales, habían sido la música de sus movimientos.

El coche de tío Al era un Mercedes descapotable bajo y alargado. Marty sabía que sus padres desaprobaban el coche ("esa trampa mortal de veintiocho mil dólares", como su madre lo había calificado en cierta ocasión, con un pequeño suspiro), pero a Marty le encantaba. El tío A1 se lo había llevado en cierta ocasión para dar un paseo por alguna de las carreteras apartadas que cruzaban Tarker's Mills y había hecho que el coche alcanzara los ciento treinta, quizá los ciento cuarenta kilómetros por hora. No había querido decir a Marty la velocidad que habían alcanzado.

-Si no lo sabes, no te asustas -le había dicho.

Pero Marty no se había asustado en absoluto. Al día siguiente le dolió el estómago de tanto como se había reído con su tío Al.

Éste sacó algo de la guantera del coche. Marty detuvo su silla junto al automóvil v su tío Duso un gran paquete de celofana sobre sus maltrechas rodillas.

-Aquí lo tienes, muchacho -le dijo-. ¡Feliz Cuatro de Julio!

Lo primero que Marty vio fue una serie de exóticos caracteres, las letras chinas sobre la etiqueta del paquete. Después, cuando descubrió lo que había dentro, su corazón pareció contraerse dentro de su pecho. El paquete de celofana estaba lleno de cohetes, bengalas y otros fuegos de artificio.

-Esos que parecen pirámides son cohetes serpenteantes -le explicó su tío.

Marty, absolutamente atónito de alegría, quiso abrir los labios para hablar, pero de ellos no brotó ni una sola palabra!

-Enciendes la mecha, los sueltas y escapan por el aire retorciéndose y soltando tantos colores como hay en el aliento de un dragón. Los alargados, que parecen tubos, son cohetes luminosos; los pones dentro de una botella de Coca-cola y los enciendes. Los otros más pequeños son surtidores de luz. Éstos son bengalas... y, naturalmente, también tienes un paquete de petardos. Lo mejor que puedes hacer es prepararlos mañana.

El tío Al dirigió una significativa mirada al lugar de donde provenían los ruidos de los que se bañaban.

-¡Muchas gracias! -por fin Marty estuvo en condiciones de decir algo-. ¡Muchas gracias, tío Al!

-Pero no le digas a nadie quién te los ha dado -le advirtió su tío-. Si quieren saber, que vayan a la escuela, ¿de acuerdo?

-De acuerdo, de acuerdo -repitió Marty, aunque no estaba muy seguro de qué tenía que ver el aprender y el ir a la escuela con los fuegos artificiales-. ¿Estás seguro de que no los quieres, tío Al?

-Puedo comprar más -dijo el tío Al-. Conozco a un tipo que los vende en Bridgton. No para de vender todo el día. Está haciendo un negocio fantástico - puso la mano sobre la cabeza de su sobrino-. Celebra tu Cuatro de Julio después de que todos se hayan acostado. Y no enciendas ninguno de los petardos ni los cohetes que hacen ruido para no despertarlos. ¡Y, sobre todo, ten cuidado con no volarte una mano o mi hermana mayor nunca me volverá a dirigir la palabra!

El tío Al se metió en el coche y puso en marcha el motor, que pronto adquirió vida con un ronco rugido. Levantó la mano para saludar a Marty y desapareció, mientras Marty intentaba todavía repetir sus palabras de agradecimiento. Se quedó un momento inmóvil, en su silla de ruedas, tratando de contener sus sollozos y no romper a llorar. Después escondió el paquete de fuegos artificiales bajo su manta en la silla de ruedas y regresó a casa, a su habitación. En la mente ya se veía en la noche del Cuatro de Julio cuando todos estuvieran dormidos.

En efecto, aquella noche él fue el primero en irse a la cama. Su madre entró a darle las buenas noches y un beso (bruscamente, sin atreverse a mirar sus piernas, delgadas como palillos, bajo las sábanas).

- ¿Te encuentras bien, Marty?

-Sí, mamá.

La madre hizo una pausa, como si fuera a decir algo, pero se limitó a mover la cabeza antes de marcharse.

Después fue su hermana Kate la que entró. No lo besó, simplemente se agachó lo suficiente para que el muchacho pudiera notar el olor a cloro de la piscina que aún impregnaba su pelo, y le dijo:

-¿Lo ves? No siempre vas a conseguir lo que quieres porque seas un lisiado.

-Te sorprenderías de ver lo que he conseguido -explicó suavemente. Durante un momento su hermana lo miró con cierta sospecha, antes de marcharse.

El último en entrar fue su padre, que se sentó al lado de la cama. Le habló con su fuerte voz de amigo mayor.

-¿Todo va bien, muchacho? Te has ido a la cama muy pronto. Muy temprano, de veras. -Es que me sentía muy cansado, papá.

-Está bien -dio un golpe cariñoso con una de sus manazas sobre las piernas inútiles de Marty, guiñó inconscientemente y después salió de allí a toda prisa, no sin decirle antes de marcharse-. ¡Siento mucho lo de los fuegos artificiales, espera hasta el año próximo! ¿Eh, eh, muchachote?

Marty le respondió con una débil sonrisa enigmática.

Seguidamente, Marty empezó la espera, hasta que todos se hubieran acostado. Tuvo que aguardar mucho tiempo. El televisor funcionaba incesantemente en la sala de estar, las risas superpuestas al programa de comedias se veían aumentadas en muchas ocasiones por las risitas agudas de Katie. En el retrete del abuelo se oyó el ruido de la tapa y después el caer del agua. Su madre hablaba por teléfono felicitando a alguien por el Cuatro de Julio. Sí, sí; había sido una

vergüenza el que suspendieran los fuegos artificiales, pero estaba convencida de que, dadas las circunstancias, todo el mundo se hacía caro de ello. Sí, Marty se había llevado un gran disgusto. Cuando la conversación estuvo a punto de terminar, su madre se rió y en esos momentos, cuando reía, no había ni un mínimo de brusquedad en su voz. Lo malo era que casi nunca reía cuando estaba cerca de Marty.

El tiempo fue pasando: las siete y media, las ocho, las nueve. Sus manos buscaron debajo de la almohada para asegurarse de que el paquete de celofana aún estaba allí. A eso de las nueve y media, cuando la luna estaba ya lo suficientemente alta para penetrar por su ventana y hacer que su luz de plata iluminara el dormitorio, la casa comenzó a quedar en silencio. El televisor fue apagado, pese a las protestas de Katie, que se quejó de que todos sus amigos se acostaban más tarde durante el verano. Por fin se fue a la cama. Una vez que la niña se marchó, los padres de Marty se quedaron un rato en el salón. Su conversación apenas si era un murmullo. Y...

... y posiblemente se había quedado dormido porque, cuando de nuevo tocó la maravillosa bolsa de pirotecnia, advirtió que toda la casa estaba en el mayor silencio y que la luna se había hecho aún más brillante hasta el punto de que producía sombras. Se llevó la bolsa conjuntamente con una carterita de cerillas que había encontrado un poco antes. Se metió la chaqueta del pijama dentro de los pantalones, puso entre el cuerpo y la chaqueta la bolsa y las cerillas y se preparó para dejar la cama.

Para Marty aquello constituía una operación bastante complicada, aunque no dolorosa, como muchos creían. Sus piernas carecían en absoluto de sensibilidad y, por tanto, tampoco podían dolerle. Se aferró al cabezal de la cama para quedar sentado en ella y después dejó caer sus piernas una a una por el borde de la cama. Todo esto lo hizo con una mano, mientras con la otra se aferraba fuertemente al pequeño raíl que comenzaba en la cama y que corría pegado a la pared rodeando completamente su cuarto. En cierta ocasión había tratado de mover sus piernas con las dos manos y cayó en redondo al suelo. El ruido hizo que todos acudieran corriendo.

-¡Estúpido exhibicionista! -había murmurado Katie, malhumorada, después de que fue ayudado a sentarse en su silla, un tanto dolorido, pero riéndose alegremente, pese al chichón en una de sus sienes y al labio partido-. ¿Acaso querías matarte? ¿Es eso?

Después se fue de su habitación llorando.

Una vez que Marty se quedó sentado en el borde de la cama, se secó las manos en la parte delantera de su chaqueta hasta estar seguro de que estaban secas y no podían resbalar. Usó el raíl para llegar hasta su silla de ruedas. Sus piernas inválidas y colgantes eran un peso

inútil, demasiado grande y se arrastraban tras el resto del cuerpo. La luz de la luna era lo suficientemente intensa como para destacar su sombra, en el suelo, por delante de él.

La silla de ruedas estaba frenada y saltó sobre ella con la confianza que da la costumbre. Esperó durante un momento, conteniendo la respiración, tratando de oír el menor ruido en el silencio de la casa. "No enciendas por la noche ninguno de los cohetes que hacen ruido", le había aconsejado su tío A1 y, al comprobar el silencio reinante, se dio cuenta de cuánta razón había tenido. Celebraría su Cuatro de Julio para él y sólo para él y nadie lo sabría. A1 menos hasta el día siguiente, cuando las señales negruzcas del fuego y el humo en el suelo de la terraza y las carcasas descubrieran lo que había ocurrido. ¡Pero para entonces no importaría ya! "¡Tantos colores como en el aliento de un dragón!", le había dicho, también, el tío Al. Marty supuso que no habría ninguna ley que prohibiera a un dragón respirar en silencio.

Quitó el freno de su silla y conectó la batería. La pequeña lucecita de color ámbar le dijo que la batería estaba bien cargada y fue como un ojo diminuto en la oscuridad. Marty apretó el botón "Giro a la derecha" y, obediente, la silla giró en esa dirección. Una vez que estuvo situada en línea recta delante de las puertas de la terraza apretó el botón "Adelante". Y la silla comenzó a rodar en línea recta hacía allí, zumbando levemente.

Frente a la puerta, Marty corrió el pestillo de las puertas dobles y de nuevo apretó el botón para que la silla siguiera rodando hacia adelante, en línea recta, y salió fuera. Rompió la

maravillosa bolsa de artículos pirotécnicos y después se quedó quieto un momento, cautivado por el encanto de la noche veraniega: el monótono canto de los grillos, la brisa leve y fragante que apenas si movía las hojas de los árboles al borde del bosque, la luminosidad casi extraterrestre de la luna.

No pudo esperar mucho. Sacó una de las "serpientes", frotó una cerilla y encendió la mecha y observó en el mayor silencio cómo el fuego verde azulado crecía mágicamente y se extendía por el cielo girando y dejando escapar chispas y llamas por la cola.

"¡El Cuatro -pensó con los ojos brillantes-, el Cuatro, me deseo un feliz Cuatro de Julio!"

La serpiente se fue apagando lentamente, cesaron sus luces y chispas. Marty encendió uno de los pequeños triángulos que dejó escapar unas llamas de color tan amarillo como la festiva camisa que su padre solía ponerse para jugar al golf. Antes de que se apagara, encendió otro que despidió una luz roja oscura como las de las rosas que crecían en los arriates que rodeaban la piscina nueva. Un maravilloso olor a pólvora quemada llenó la noche y el viento suave se encargó de llevárselo de allí lentamente.

Sus manos excitadas sacaron el paquete de petardos y ya lo había abierto antes de darse cuenta que encender uno de ellos sería una auténtica calamidad, pues eran unos pequeños cohetes que saltaban despidiendo chispas y sonando con el tableteo de una metralleta. Despertarían no sólo a sus padres, sino a toda la vecindad, que darían la alarma. Eso significaría que el muchacho llamado Martin Coslaw, de diez años, sería castigado hasta la Navidad. Dejó los petardos en su regazo y buscó otra de aquellas bolas luminosas, la mayor de todas, casi tan grande como su puño cerrado. La encendió y, con una mezcla de temor y placer, la arrojó lejos.

Luces rojas, tan brillantes como el fuego del infierno, llenaron la noche, y fue bajo aquella luz, bajo aquel brillo febril, como Marty pudo ver, al borde del bosque que llegaba casi a la terraza, cómo se abrían algunas ramas. Oyó un sonido bajo, una mezcla de estornudo y rugido. ¡La Bestia apareció!

Se detuvo durante un momento en la parte más alejada del césped y pareció husmear el aire... y después empezó a dirigirse con pasos torpes hacia donde Marty estaba sentado en su silla, en la parte más saliente de la terraza que se extendía hasta el jardín. Sus ojos se dilataron

como si fueran a salírsele de las órbitas y su espalda se echó hacia atrás, apretándose contra el respaldo de lona de la silla.

La Bestia marchaba encorvada, pero estaba claro que andaba de pie sobre sus dos patas traseras. Marchaba como lo haría un hombre. Las luces rojas del cohete se reflejaban diabólicamente en sus ojos verdes.

La Bestia se movió despacio con las anchas aletas de su hocico moviéndose de forma rítmica, husmeando su presa, seguramente advirtiendo, también, la debilidad de su presa. También Marty podía olerlo a él, su pelo, su sudor, su bestialidad. Gruñó de nuevo. Su grueso labio superior, del color del hígado, se contrajo para mostrar sus dientes enormes, semejantes a los de un animal de presa. Su piel parecía teñida de color rojo plateado.

La Bestia casi lo había alcanzado, sus manos en garra, tan parecidas y al mismo tiempo tan distintas de las manos humanas, trataron de alcanzar el cuello del muchacho, cuando Marty recordó el paquete de petardos reptadores que tenía sobre las rodillas. Casi sin darse cuenta de lo que iba a hacer, encendió una cerilla y la acercó sobre la mecha principal. La mecha dejó escapar una ardiente línea de chispas rojas que chamuscó los finos vellos que cubrían la parte de arriba de su mano. El hombrelobo, momentáneamente desconcertado, dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose, dejando escapar un gruñido casi humano que era un interrogante. Marty le arrojó a la cara el paquete de petardos.

Éstos empezaron a explotar, con ruido atronador y soltando chispas y llamas. La Bestia dejó escapar un terrible rugido de dolor y rabia frustrada, arañándose la cara donde los petardos enviaban sus chispas ardientes y la pólvora encendida. Marty vio cómo uno de los ojos verdes del monstruo, que parecía la luz de una linterna, se apagaba de repente con la explosión cuando cuatro

petardos estallaron simultáneamente, con un ¡PUM! terrorífico, junto al morro. En ese momento los aullidos de la Bestia eran de dolor agónico. Se arañó la cara, aullando, y cuando se encendieron las primeras luces en la casa de los Coslaw, se dio la vuelta y se encaminó de vuelta hacia el bosque, dejando tras él un olor a pelo quemado, cuando oyó los primeros gritos sorprendidos y asustados procedentes del interior de la casa.

- ¿Qué sucede? -oyó la voz de su madre, que en aquellos momentos no sonó brusca en absoluto.

-¿Quién anda por ahí, maldita sea? -las palabras de su padre no sonaron en aboluto como las de un amigo mayor.

-¿Marty? -Por una vez en la voz de Kate no había la menor mendacidad, aunque sonaba un tanto temblorosa-. ¿Marty, te encuentras bien?

Por su parte, el abuelo Coslaw ni siquiera se despertó con el alboroto.

Marty estaba echado hacia atrás en su silla de ruedas, la gran bengala roja a punto de extinguirse, cuando su luz había adquirido el tono suave y amablemente rosado de un amanecer. Marty estaba demasiado asustado para llorar. Pero su rostro no sólo reflejaba una oscura emoción cuando, al día siguiente, supo que sus padres iban a meterlo en el coche para llevarlo a pasar el resto del verano con su tío Jim y su tía Ida, en Stowe, Vermon, de donde no regresaría hasta que terminaran las vacaciones. La policía había sido de la opinión de que existía la posibilidad de que el Asesino de la Luna Llena tratara de atacar de nuevo a Marty, para impedir una posible identificación.

El muchacho se sentía dominado por una gran

excitación y un orgullo que eran más fuertes que el terror causado por el choque terrible del ataque de la Bestia. ¡Él, Marty Coslaw, había visto a la Bestia cara a cara y seguía vivo! Esto le hacía sentir una sencilla alegría que tenía mucho de infantil, pero que, en cierto modo, estaba justificada. Era una satisfacción extraña que sabía que jamás podría comunicar a nadie, ni siquiera a su tío Al, el único que, quizá, hubiese sabido entenderlo. Y sentía esa

satisfacción, principalmente, no por haber vencido al monstruo, a la Bestia, sino porque los fuegos artificiales, sus fuegos artificiales, no habían podido ser suspendidos y se encendieron iluminando la noche. Mientras sus padres se preocupaban, preguntándose cuáles serían las huellas que aquello podría dejar en la psiquis de su hijo y si le quedarían secuelas y complejos como consecuencia de su experiencia, Martin Colsaw sentía en lo más profundo de su corazón que aquél había sido el más maravilloso de todos sus Cuatro de Julio.

AGOSTO

-Seguro, yo creo que se trata de un hombre-lobo -manifestó el agente Neary.

Había hablado con voz demasiado alta, quizá accidentalmente demasiado alta, o tal vez intencionadamente, y todas las conversaciones en la barbería de Stan se acallaron. Era poco más de mediados de agosto, el agosto más caliente que ninguno de los habitantes de Tarker's Mills podía recordar desde hacía muchos años y aquella noche la luna pasaría un día ya de su plenilunio. La ciudad estaba en suspenso, con la respiración contenida, esperando.

El agente Neary inspeccionó a los presentes y después continuó hablando desde su sillón en medio de la barbería de Stan Pelky, hablando sopesadamente, con tono jurídico y legalista, demostrando su educación en la escuela superior. (En realidad Neary era un hombre fuerte como un toro, muy alto y toda su educación superior se limitaba a que había sido miembro de los Tarker's Mills Tigers, el equipo de rugby universitario. Sus exámenes terminaron apenas en aprobado y varias veces hasta estuvo bordeando el suspenso.)

-Hay tipos -explicó- que se sienten como si fueran dos personas distintas. Personalidades complejas y divididas, ¿saben ustedes? Son los que yo llamaría jodidos esquizofrénicos.

Hizo una pausa para apreciar el respetuoso silencio que acogió sus palabras y continuó:

-Este tipo, creo, es uno de esos esquizos. Me parece que no sabe lo que se hace cuando la luna está en plenilunio, y tiene que lanzarse a matar a alguien. La víctima puede ser cualquiera, un empleado del banco, un chico de los que sirven gasolina en la estación de servicio de Town Road, incluso cualquiera de los que ahora estamos aquí. En cierto sentido se siente como un animal, por dentro, y tiene un aspecto perfectamente normal por fuera. Sí, sí, podéis estar seguros de ello; os apuesto lo que queráis. Si habíais pensado que yo creo que anda por ahí un hombre al que le crecen pelos de lobo y aúlla a la luna... ¡Bueno: eso es un cuento chino sólo apto para chiquillos!

-¿Y qué me dice del hijo de Coslaw, Neary? -preguntó Stan, mientras continuaba trabajando cuidadosamente el rollo de grasa en la base del cuello del policía.

Sus largas tijeras puntiagudas y bien afiladas sonaban snip..., snip..., snip...

-Eso simplemente viene a probar lo que os he dicho -respondió Neary con cierta exasperación-. ¡Tonterías para chavales!

La verdad era que se sentía realmente exasperado por lo que había sucedido con Marty Coslaw. Él era el único testigo visual, la primera persona que había visto cara a cara al asesino de seis personas, entre ellas su buen amigo Alfie Knopler. ¿Y le habían permitido interrogar al muchacho? No. ¿Sabía siquiera dónde estaba? ¡Tampoco! Había tenido que conformarse con la copia de la declaración que le había sido entregada por la policía del estado, como si lo tomaran por un alguacil de pueblo, un policía de opereta incapaz de arreglar sus propios asuntos. Eso sólo noraue era el agente de policía, el único, de un pequeño pueblo y no se ponía uno de aquellos grandes sombreros típicos de Smokey Bear. ¿Y la declaración? Apenas si servía para ser usada como papel higiénico. Según el chaval de los Coslaw, aquella bestia medía dos metros diez de estatura, iba desnudo y tenía el cuerpo cubierto de pelo, grandes dientes, ojos verdes y olía como una carga de mierda de pantera; tenía garras, pero eran garras

que parecían manos humanas. El chico creía que incluso tenía rabo... ¡Un rabo...! ¡Maldita sea!

-Es posible que sea una especie de disfraz que el tipo se pone -dijo Kenny Franklin desde su sitio en la fila de sillas situadas junto a una de las paredes-. Una especie de máscara o algo así, ya sabes...

-No, no lo creo -replicó Neary con énfasis y movió la cabeza para subrayar aún más ese punto. Stan tuvo que apartar sus afiladas tijeras a toda prisa para evitar que una de sus hojas se clavara en el rollo grasiento del cuello de Neary-. Nada de eso, no, señor. ¡No lo creo! El niño había oído contar muchas de esas historias sobre el hombrelobo antes de que cerraran la escuela en vacaciones, él mismo lo ha admitido así, y después no tuvo más que hacer sino quedarse sentado en su silla de ruedas e inventarse esa historia de monstruos. Todo eso tiene una asquerosa lógica psicológica, ya sabéis. Bien, Kenny: si hubieras sido tú el que hubiese salido de entre los árboles a la luz de la luna, el chaval hubiera creído también que eras un lobo.

Kenny se rió, un tanto incómodo.

-Nada -dijo Neary, preocupado-. El testimonio de ese crío no sirve de nada en absoluto.

En su disgusto y desencanto por la declaración que le fue tomada a Martin Coslaw en casa de sus tíos, en Stowe, el agente Neary había olvidado o no había dado importancia a estas líneas de la declaración de Marty: "Cuatro de los petardos estallaron junto a su cara -supongo que ustedes le llamarían así- todos al mismo tiempo y creo que debieron saltarle un ojo. El ojo izquierdo."

Si el agente de policía Neary hubiera reflexionado sobre esto -lo que no hizo- se hubiera reído aún con mayor desprecio, porque en aquella caliente noche de agosto de 1984 sólo había en el pueblo una sola persona que llevara el ojo izquierdo tapado con un parche, y era de todo punto imposible pensar que aquella persona, entre todos los habitantes del pueblo, pudiera ser un asesino. Neary antes hubiera sospechado de su propia madre que de aquella única persona con el ojo tapado.

-Sólo hay una cosa que pueda ayudar a resolver este caso -añadió Neary, señalando con su dedo a los cuatro o cinco hombres que ocupaban las sillas junto a la pared, esperando el turno para su corte de pelo del domingo por la mañana-, y eso es un buen trabajo policiaco. Y yo estoy decidido a ser quien lo haga. Esos guripas de la policía estatal van a reírse hipócritamente cuando les entregue al asesino -el rostro de Neary adquirió una expresión ensoñadora-. Sí, cualquiera, un empleado del banco, el que nos pone la gasolina..., quizá cualquiera de los amigos con los que tomamos una copa en el bar. Pero una buena labor policiaca resolverá el caso. Tomad nota de mis palabras.

Sin embargo, el buen trabajo policiaco del agente Lander Neary llegaría a su fin aquella noche, cuando un brazo peludo, plateado por la luz de la luna, entró por la ventanilla abierta de su furgoneta Dodge, mientras estaba sentado al volante, en el cruce de dos polvorientas carreteras al oeste de Tarker's Mills. Un rugido ronco y grave, un olor terrible, salvaje, algo así como el olor que despide la jaula del león en un parque zoológico.

El policía había girado la cabeza y tuvo tiempo de ver un ojo verde. Vio también la piel de lobo, el hocico negro y húmedo. Y cuando frunció el labio superior para gruñir vio los dientes. Las garras de la Bestia se clavaron en él casi como en un juego y una de sus mejillas, desgarrada, expulsó fuera los dientes como en una explosión. La sangre salpicó por todas partes. La sintió correr por sus espaldas, por la camisa, con viscosa y cálida fluidez. Gritó, gritó, y el grito salió al mismo tiempo de su boca desgarrada y de su pecho destrozado. Sobre el hombro de la Bestia, dedicada a su cruel trabajo asesino, pudo ver cómo la luna enviaba su blanca luz sobre la tierra.

Neary se había olvidado de la radio, había olvidado su revólver del 45 que pendía de su cinturón. Olvidó también todo lo que había explicado antes sobre el maldito sentido psicológico del asunto. Se olvidó por completo de la necesidad de realizar una buena labor policiaca. En vez de eso, en su mente sólo se repetía algo que Kenny Franklin había dicho en la barbería aquella mañana: "Es posible que sea una especie de disfraz... Una especie de máscara o algo así, ya sabes..."

Por eso, cuando el hombre-lobo atacó la garganta del policía, éste alargó las manos para alcanzar la cara del hombre-lobo, se aferró a sus pelos y tiró de ellos con fuerza, confiando con toda su alma que la máscara resbalaría de la cara, que se oiría el chasquido de un elástico al saltar o el sonido del látex de la máscara al romperse y podría verle el rostro.

Pero no ocurrió nada de eso... sólo se oyó un rugido de dolor y furia procedente de la garganta de la Bestia. Le apartó las manos con un golpe de sus garras, o de su mano, pues el policía pudo ver que, en efecto, se trataba de una mano humana, una mano provista de garras y terriblemente deforme. Una mano, el muchacho había tenido razón... Una mano que, de un golpe, le desgarró la garganta. La sangre saltó sobre el parabrisas y el panel de instrumentos de la furgoneta y cayó dentro de la botella de cerveza que el policía había mantenido entre las rodillas.

La otra mano del hombre-lobo agarró el pelo recién cortado de Neary y tiró de él hasta casi sacarlo por la ventanilla del coche. Lanzó un aullido de triunfo y hundió su rostro y hocico en la

garganta de Neary. Sorbió la sangre, mientras la cerveza salía por el gollete de la botella caída y su espuma se extendía entre el pedal del freno y el del embrague.

¡El gran éxito de la psicología!

¡El gran éxito de un buen trabajo policiaco!

SEPTIEMBRE

Cuando la luna entró en su cuarto creciente y de nuevo se aproximaba la noche de plenilunio, la aterrorizada gente de Tarker's Mills esperaba un nuevo hecho sangriento en aquel ambiente caluroso, pero no ocurrió nada. En cualquier otra parte del ancho mundo las ligas regionales de béisbol se decidían una tras otra y había comenzado ya la temporada de rugby o fútbol americano. En las Montañas Rocosas, en su vertiente canadiense, el simpático Williard Scott informó a los habitantes de Tarker's Mills que había caído una nevada que cubrió el suelo con un palmo de nieve el día 21 de septiembre. Pero en este rincón del mundo el verano se mantenía firme. Durante el día, las temperaturas se aproximaban a los treinta grados. Los niños que hacía ya tres semanas que habían vuelto a la escuela no se sentían a gusto sentados en sus pupitres, sudando en las calurosas aulas, en las que el reloj marchaba tan lentamente que cada minuto les parecía una hora. Los maridos discutían y se peleaban con sus mujeres sin razón aparente, insultándose y atacándose. Y en la gasolinera de la Gulf, propiedad de O'Neil en la Town Road, en el cruce de carreteras, un turista tuvo una pelea con Pucky O'Neil por razones del precio de la gasolina, se excedió en sus palabras y Pucky le dio un golpe en la cabeza con la manguera. El visitante, que procedía de New Jersey, necesitó cuatro puntos y se marchó amenazando con denuncias legales y pleitos. -No entiendo de qué se queja -dijo Pucky cazurramente aquella noche en la taberna-. Sólo le golpée con una parte de mi fuerza, ¿sabéis? Si le hubiera pegado con toda mi fuerza, no sólo le hubiera hecho callar sino que estaría ya criando malvas.

-Seguro -asintió Billy Robertson, precisamente porque Pucky tenía el aspecto de ser uno de los que golpean con todas sus fuerzas si alguien le lleva la contraria-. ¿Qué te parece otra cerveza, Puck?

- ¡Vete a la mierda! -fue la respuesta de Pucky.

Milt Sturmfuller había enviado a su mujer al hospital tras una discusión sobre una mancha de huevo que el lavaplatos no había quitado. El hombre había mirado la manchita amarilla y reseca en el plato en el que le servía su almuerzo y, sin más ni más, le dio un buen puñetazo. Pucky O'Neil hubiera dicho que le había pegado con toda su fuerza.

- ¡Maldita perra! -exclamó alzándose sobre Donna Lee, que se había quedado tumbada y abierta de piernas sobre el suelo de la cocina, con la nariz rota y sangrando. Sangraba también por la nuca, que se golpeó al caer-. Mi madre lavaba los platos a mano y los lavaba bien. ¿Qué es lo que pasa contigo?

Más tarde le diría al doctor del Hospital General de Portland, en el departamento de urgencias, que Donna Lee se había caído de espaldas por las escaleras. Donna Lee, aterrorizada y acobardada después de nueve años en guerra matrimonial, acabaría por apoyar sus declaraciones.

A eso de las siete de la noche de luna llena, se alzó un viento desagradable, el primer viento frío después de una larga temporada veraniega. El viento trajo consigo unas nubes espesas que venían del norte, y durante unos momentos la luna jugó al escondite entre ellas, dando al borde de las nubes una tonalidad de plata batida. Las nubes se fueron haciendo más espesas y la luna desapareció..., pero seguía estando allí... Las mareas, a unos treinta y cinco kilómetros de Tarker's Mills, sentían su influencia y también, pero mucho más cerca, lo mismo le ocurría a la Bestia.

A eso de las dos de la madrugada se pudo oír una espantosa serie de gruñidos de dolor y miedo procedente de las porquerizas de Elmer Zinneman en la West Stage Road, a unos veinte kilómetros del pueblo. Elmer tomó su rifle, vestido sólo con el pantalón de su pijama y zapatillas. Su mujer, que casi había sido una muchacha bonita al casarse con Elmer en 1947, cuando la chica sólo tenía dieciséis años, empezó a llorar y a suplicarle que no saliera, que se quedara con ella. Elmer la apartó a un lado y tomó el arma que estaba en el vestíbulo. Sus cerdos no estaban gruñendo, estaban gritando. El ruido parecía como si procediera de un grupo de jóvenes sorprendidas por un maniaco en una fiesta campestre: Iba a salir, nada podía obligarle a quedarse dentro, le dijo a su mujer.:. y en esos momentos se quedó helado, inmóvil, con su mano encallecida por el trabajo en el pestillo de la puerta trasera de la casa, cuando un pavoroso aullido de triunfo resonó en la noche. Era el aullido de un lobo, pero había tanta humanidad en él que hizo que su

mano dejara el cerrojo y que permitiera a Alice Zinnenman que lo llevara dentro, a la sala de estar. Elmer pasó el brazo por la cintura de su esposa y la hizo sentarse en el sofá, donde se quedaron quietos, inmóviles como dos niños asustados.

Poco después cesaron los gritos de los cerdos, poco a poco. Sí, cesaron, uno tras otro. Sus últimos gruñidos se ahogaron en una especie de gárgaras sangrientas. La Bestia volvió a aullar y su grito era tan frío y cortante como la blanca luz de la luna llena. Elmer se acercó a la ventana y vio algo, no podría decir qué, que se alejaba encorvado y se perdía en la oscuridad.

Después llegó la lluvia, que golpeó en los cristales de las ventanas, pero Elmer y Alice seguían sentados juntos, en la cama, con todas las luces del dormitorio encendidas. Era una lluvia fría, la primera auténtica lluvia de otoño. Al día siguiente la primera nota de color aparecería en las hojas de los árboles anunciando el otoño.

En la porqueriza, Elmer encontró exactamente lo que pensaba hallar: una espantosa carnicería. Sus nueve cerdas y sus dos machos estaban muertos, decapitados y devorados parcialmente. Yacían en el barro, la lluvia caía sobre sus cuerpos, los ojos desorbitados fijos en el frío cielo otoñal.

Elmer había llamado a su hermano Pete, que llegó desde Minot y ambos estaban juntos contemplando el sangriento espectáculo. Guardaron silencio durante un rato y, por fin, Elmer fue el primero en hablar:

-El seguro cubrirá en parte los daños, aunque no todo. Creo que yo mismo podré hacerme cargo del resto. Es mejor que hayan sido mis cerdos que no otra persona.

Pete movió la cabeza.

-Ya es bastante -dijo. Su voz apenas era un murmullo que escasamente pudo oírse por encima de la lluvia.

- ¿Qué quieres decir?,

-Ya sabes lo que quiero decir. En el primer plenilunio habrá por aquí cuarenta hombres, o sesenta... o ciento sesenta si hacen falta. Ya es tiempo de que la gente deje de esconder la cabeza bajo el ala, pretendiendo que no pasa nada, cuando todo el mundo puede ver lo que realmente sucede. ¡Por amor de Dios, Elmer, mira esta escena!

Pete señaló abajo, al establo. En torno a los cerdos muertos y descuartizados horriblemente, la suave tierra del suelo de la porqueriza estaba cubierta por unas grandes huellas. Parecían las de las patas de un lobo, pero al mismo tiempo tenían algo sórdidamente humano.

-¿Ves esas malditas huellas?

-Sí, claro que las veo.

-No creerás que esas huellas las hizo ningún ser normal, ¿verdad?

-No, supongo que no.

-Ésas son las huellas que haría un hombrelobo, y tú lo sabes, como lo sabe Alice y lo sabe la mayoría de los habitantes de este pueblo -indicó Pete-. ¡Qué demonio! Lo sé hasta yo, que no vivo aquí -miró a su hermano con expresión amenazadora en su rostro severo y duro, el rostro de uno de aquellos puritanos que llegaron a Nueva Inglaterra en 1650. Y repitió-: Ya es más que suficiente. Ya es hora de poner fin a ese asunto.

Elmer reflexionó considerando las palabras de su hermano, mientras la lluvia seguía golpeando sobre los impermeables de hule de los dos hombres e hizo un movimiento de cabeza. -Sí, creo que tienes razón. Pero no en la próxima luna nueva.

-¿Quieres esperar hasta noviembre?

Elmer movió la cabeza afirmativamente.

-Los árboles desnudos, sin hojas. Es más fácil seguir las huellas si hay un poco de nieve. -¿Qué te parece el mes próximo?

Elmer Zinneman miró sus cerdos sacrificados en la porqueriza junto al granero. Después se volvió para mirar a su hermano Pete.

-Será mejor que la gente vaya con cuidado.

OCTUBRE

Cuando Marty Coslaw regresó a casa, después de haber recorrido las casas vecinas con las bromas y sustos propios de la noche de difuntos, la Halloween Night tan celebrada por los anglosajones, las baterías de su silla de ruedas estaban casi agotadas y se dirigió directamente a la cama, aunque sin poder dormir hasta que la media luna se elevó en un cielo helado cubierto de estrellas que brillaban como chispas de diamante. Fuera, en la terraza, donde salvara la vida gracias a una ristra de cohetes y petardos, un viento helado soplaba arrancando las hojas secas de los árboles, que descendían en una especie de torbellino, como un inútil sacacorchos que se estrellaba contra las losas. La luna llena del mes de octubre había pasado sobre Tarker's Mills sin producirse ningún crimen, el segundo mes que así sucedía. Algunos de los habitantes del pueblo, entre ellos Stan Pelky, el barbero, y Cal Blodwin, el dueño de la única casa de venta de automóviles en la pequeña ciudad, la Blodwin Chevrolet, creían que el

terror había pasado; el asesino debía de ser un hombre de paso, o un vagabundo que vivía en el bosque, y, el que fuera, había decidido marcharse de allí como ellos ya habían dicho que acabaría haciendo. Otros, sin embargo, no estaban tan seguros. Eran los que pensaban en los cuatro ciervos muertos y destrozados junto a la carretera principal el día después de la noche de plenilunio, y en los once cerdos de Elmer Zinneman, muertos durante la luna llena de septiembre. Las discusiones se sucedían en la taberna, entre cerveza y cerveza, en las largas noches de otoño.

¡Pero Marty Coslaw sabía muchas cosas!...

Aquella noche había salido con su padre para ir de casa en casa, pidiendo dulces y golosinas, amenazando con su calabaza hueca a los que se negaban a darle algo (a su padre le gustaba aquella costumbre norteamericana del Halloween, le gustaba el viento helado de la noche, le gustaba reír con su cordial risa de amigo mayor y lanzar gritos con los que fingía querer asustar a los que abrían las puertas y asomaban los rostros conocidos de Tarker's Mills). Marty iba disfrazado de Yoda, una especie de extraterrestre, el rostro cubierto con una máscara de goma y una gran túnica que le cubría sus piernas inútiles.

-Siempre consigues todo lo que quieres -le había dicho Katie, echando hacia atrás la cabeza en ademán de disgusto, cuando vio la máscara..., pero Marty sabía que no estaba enfadada con él, realmente, porque le había preparado el báculo, un detalle que completaba su artístico disfraz, aunque sí, quizá, un poco triste porque se la consideraba ya demasiado mayor para ir pidiendo y amenazando de casa en casa. En su lugar iría a una fiesta con sus compañeros y compañeras de escuela. Bailaría al ritmo de los discos de Donna Summer, asarían manzanas y más tarde se apagarían las luces para el juego de la botella que gira y quizá tendría que besar a alguno de los chicos, no porque le gustara hacerlo sino porque sería divertido y podría reírse entre dientes con sus amigas al día siguiente en los pasillos de la escuela.

El padre de Marty llevó a éste en su camioneta porque ésta tenía una pequeña rampa que podía ser utilizada para que Marty subiera y bajara. El chico bajaba de la camioneta y con su silla de ruedas recorría las calles, con su bolsa sobre el regazo. Así había recorrido todas las casas de su calle y algunas otras más céntricas del pueblo, las de los Collins, los McInnes, los Manchester, los Milliken y los Easton. En la taberna habían colocado un gran tazón lleno de palomitas de maíz rebozadas de azúcar. Barras de chocolate en la rectoría de la iglesia congregacional y barras de mazapán en la rectoría baptista. Después Marty fue a los hogares de los Randolph, los Quinn, los Dixon y una docena o dos docenas más de familias del pueblo. Marty regresó a casa con su bolsa llena a reventar de golosinas... y con un conocimiento terrorífico, casi increíble.

¡Lo sabía!

¡Sabía quién era el hombre lobo!

En una de las visitas realizadas por Marty, la Bestia, la Bestia en persona, ahora segura entre sus lunas de locura, había puesto algunas golosinas en su bolsa sin darse cuenta de que el rostro del muchacho había palidecido, como el de un muerto, bajo su máscara de Yoda. Bajo sus guantes, sus dedos apretaron el bastón que completaba su disfraz con tanta fuerza que sus uñas se volvieron

blancas. El hombre-lobo le había sonreído a Marty y acarició la parte de la máscara que cubría su cabeza.

Era el hombre-lobo. Marty lo sabía y no sólo porque llevara un parche negro cubriéndole un ojo. Había algo más: cierto parecido vital entre el rostro humano de aquel hombre y la rugiente cara del animal que había visto en aquella noche veraniega y plateada por la luna, hacía ya cerca de cuatro meses.

Desde su regreso a Tarker's Mills, a su vuelta de Vermont, el día después de la Fiesta del Trabajo, Marty venía manteniéndose alerta, vigilante, seguro de que acabaría por volver a ver al hombre-lobo, tarde o temprano, y que lo reconocería cuando lo viera porque sabía que tendría que tratarse de un tuerto. Aun cuando la policía le había dicho que lo tendría en cuenta y haría las comprobaciones pertinentes, cuando él le dijo que estaba seguro de que le había sacado un ojo al hombre-lobo, Marty sabía que no le habían creído del todo. Posiblemente porque sólo era un niño o porque no estaban allí aquella noche de julio en que tuvo lugar el enfrentamiento. De todos modos, eso no le importaba demasiado. Él sabía que las cosas habían sido así, tal y como las explicaba.

Tarker's Mills era una ciudad pequeña, pero estaba creciendo, y hasta aquella noche Marty no había visto a ningún tuerto. No se había atrevido a hacerle preguntas a su madre, que estaba asustada y preocupada porque lo ocurrido en la noche del Cuatro de Julio pudiera marcar de modo permanente la psiquis de su hijo. Sabía que si acudía a su madre con preguntas, ésta confirmaría sus temores. Por otra parte, Tarker's Mills era un pueblo pequeño. Más pronto o más tarde acabaría por ver a la Bestia, también con su rostro humano.

De regreso a casa, el señor Coslaw (el entrenador Coslaw para sus miles de estudiantes presentes y pasados) pensó que Marty estaba tan quieto y tranquilo debido al cansancio y a la excitación de la noche. La verdad era que estaba equivocado. Con la excepción de aquella noche con la maravillosa bolsa de fuegos artificiales, Marty jamás se había sentido más despierto y más lleno de vida. Su principal pensamiento era: le había costado casi sesenta días, tras su vuelta de Vermont, descubrir la identidad del hombre-lobo debido a que él era católico y acudía a la iglesia de Santa María, en las afueras de la ciudad.

El hombre con el parche en el ojo, el hombre que había puesto una barra de mazapán en su bolsa y lo había acariciado en la cabeza por encima de su máscara de goma no era católico. Muy lejos de ello. La Bestia era el reverendo Lester Lowe, de la iglesia baptista de la Gracia.

Apoyado en el quicio de la puerta, sonriendo, Marty había visto con toda claridad el parche que le cubría el ojo, a la luz amarillenta de una lámpara que salía por la puerta entreabierta. Le daba al reverendo un aspecto casi de pirata.

-Siento mucho lo de su ojo, reverendo Lowe -dijo el señor Coslaw con su recia voz de amigo mayor-. Espero que no sea nada serio.

La sonrisa del reverendo Lowe adquirió un aire de sufrimiento pacientemente soportado. La verdad era, dijo, que había perdido el ojo. Un tumor benigno había hecho necesario extirpar el ojo para sacar el tumor. Pero se trataba de la voluntad de Dios y se estaba adaptando bien a la nueva situación. Después, acarició la cabeza enmascarada de Marty y dijo que había muchas otras personas, que él conocía, que tenían que soportar cruces más pesadas.

Ahora, Marty, echado en su cama, escuchaba el viento de octubre que cantaba fuera, arrastrando las últimas hojas secas de la temporada, introduciéndose por los huecos de los agujeros de la calabaza hueca, iluminada con una vela encendida en su interior, que flanqueaba el camino de entrada a la casa de los Coslaw, mientras observaba el recorrido de la media luna por el cielo cubierto de estrellas. La cuestión que se planteaba era: ¿Qué debía hacer ahora?

No lo sabía, pero estaba seguro de que el tiempo acabaría por traerle la respuesta.

Se quedó dormido con el sueño profundo y sin ensueños de los muy jóvenes, mientras que fuera de la casa, el viento soplaba sobre Tarker's Mills, llevándose el mes de octubre y trayendo

consigo el frío mes de noviembre con su cielo de estrellas fugaces. ¡Octubre, el mes de hierro del otoño!

NOVIEMBRE

Se aproximaba ya el final de año; el oscuro y férreo mes de noviembre había llegado a Tarker's Mills. En la calle Mayor estaba teniendo lugar un extraño éxodo. El reverendo Lester Lowe observaba lo que sucedía desde la puerta de la rectoría baptista. Había salido para recoger su correspondencia y había encontrado en el buzón seis circulares y una única carta que mantenía en las manos mientras observaba la fila de camionetas polvorientas, Ford, Chevrolet e International Harvester, que se abría camino para salir de la ciudad.

Las nevadas se aproximaban, había dicho el hombre del tiempo, pero aquellos que se iban no eran gentes que abandonaran el pueblo antes de la llegada de las tormentas en busca de climas más cálidos; no, la gente no viaja hacia las doradas playas de Florida o California con cazadora de cuero, cartucheras y la escopeta al lado, con los perros en el asiento de atrás. Era el cuarto día que aquellos hombres, dirigidos por Elmer Zinneman y su hermano Pete, se habían puesto en marcha con perros y escopetas y una buena cantidad de cajas de seis latas de cerveza. La expedición había empezado a salir a medida que se acercaba la luna llena. Había pasado la época de la caza menor y de la caza mayor también, pero seguía abierta la temporada de caza de los hombres-lobo, y la mayoría de aquellos hombres, tras la máscara de sus rostros severos y pretendidamente justos, se lo estaban pasando muy bien. Como el entrenador Coslaw podría haber dicho, ¡con toda razón, maldita sea!

Algunos de los hombres, el reverendo Lowe lo sabía, no hacían otra cosa que divertirse y armar jarana. Aquello les ofrecía una oportunidad de salir al bosque, beber cerveza, orinar en los barrancos, contar chistes sobre polacos, boches y negros y disparar a las ardillas y las cornejas.

"Son auténticos animales -pensó Lowe, y su mano fue inconscientemente al parche que llevaba sobre el ojo desde el mes de julio-. Lo más seguro es que unos se maten a otros. Tienen suerte de que no les haya pasado todavía."

El último de los vehículos se había perdido de vista ya, al otro lado de la colina que daba su nombre a Tarker's Mills, haciendo sonar su claxon y los ladridos de los perros en la parte trasera de las camionetas. Sí; verdaderamente algunos de los hombres sólo iban en busca de jarana, pero otros, como Elmer y Pete Zinneman, por ejemplo, estaban mortalmente serios.

"Si esa criatura, hombre, bestia o lo que quiera que sea se va de caza este mes, los perros le seguirán el rastro -había oído decir a Elmer en la barbería, apenas hacía dos semanas-. Y si ese hombre o animal no sale, es posible que haya salvado la vida. A1 menos habremos salvado una vida, de hombre o de bestia."

El reverendo había oído aquellas palabras. Y sabía que, aunque algunos de los hombres sólo trataran de pasarlo bien, también había doce, o quizá veinticuatro, que se tomaban las cosas en serio. Pero no habían sido ellos los que contagiaron aquella extraña sensación nueva en el interior del cerebro del clérigo... La sensación de estar a punto de caer en una trampa.

La causa eran las notas. Las notas, la más extensa de ellas con sólo dos frases, escritas con letra infantil y laboriosa e incluso con algunas faltas de ortografía. Bajó los ojos para mirar la carta que acababa de recibir con el correo del día, cuya dirección estaba escrita con aquella misma letra infantil y del mismo modo: "Reverendo Lowe, Rectoría baptista, Tarker's Mills, Maine 04491."

Se hizo más fuerte la sensación de estar atrapado..., como él creía que debía sentirse un zorro al advertir que los perros lo habían encerrado en un callejón sin salida. El momento de pánico en el que el zorro se daba la vuelta, con los dientes desnudos, para enfrentarse y luchar con los perros que, con toda seguridad, acabarían por hacerlo pedazos.

Cerró la puerta con firmeza, entró en el salón donde el viejo reloj del abuelo dejaba oír su tictac solemne. Tomó asiento, dejó cuidadosamente las circulares religiosas que acababa de recibir sobre la mesa que la señora Miller solía abrillantar dos veces por semana, y abrió la nueva carta. Como las otras, no llevaba saludo alguno y, como las otras, tampoco estaba

firmada. En el centro de una hoja que había sido arrancada de un cuaderno escolar rayado, podía leerse únicamente esta frase: "¿Por qué no se suicida?"

El reverendo Lowe se llevó a la frente la mano, que le temblaba ligeramente. Con la otra mano arrugó la hoja que acababa de leer y la dejó sobre un gran cenicero de cristal que había sobre la mesa. Aunque el reverendo Lowe no fumaba, solía recibir a sus feligreses, cuando acudían a hacerle alguna consulta, en aquel mismo salón, y algunos de ellos sí lo hacían. Tomó una caja de cerillas del bolsillo de su chaqueta de punto, su atuendo casual del domingo por la tarde, y prendió fuego al papel, como había hecho con las otras notas, y la contempló mientras ardía.

Lowe había llegado a saber quién era realmente por dos caminos distintos. Como consecuencia de su pesadilla en el mes de mayo, aquel sueño en el cual todo el mundo, durante la celebración de la fiesta del domingo del Viejo Hogar, se transformaba en hombre-lobo, y el subsiguiente horrible descubrimiento del cadáver destripado de Clyde Corliss, había comenzado a darse cuenta de que había algo...; en fin, algo en él que no estaba del todo bien. No sabía otra forma de expresarlo. Algo malo, equivocado. Y sabía también que muchas mañanas, por lo corriente durante el período de luna llena, se levantaba con la sensación de encontrarse sorprendentemente bien, en sorprendente buen estado, sorprendentemente fuerte. Esa sensación desaparecía a medida que la luna se iba reduciendo y volvía a aumentar de nuevo con la nueva luna llena.

Como consecuencia de su sueño y de la muerte de Corliss, se vio forzado a reconocer otras cosas que hasta entonces no había podido advertir. Sus ropas destrozadas y llenas de barro. Arañazos y magullamientos cuyo origen ignoraba, pero que como nunca le dolían o le causaban molestias podían ser olvidados con facilidad... o simplemente dejar de pensar en ellos. Incluso había estado en condiciones de olvidar los restos de sangre que a veces encontró en sus manos... y en sus labios.

Después, el 5 de julio, la segunda etapa. Para describirla con la mayor sencillez: se había despertado con solo un ojo. Lo mismo que con los arañazos y las pequeñas heridas anteriores, tampoco entonces sintió el menor dolor, sólo el agujero, la cuenca vacía donde antes estuviera su ojo izquierdo. En ese momento su conocimiento se hizo lo suficientemente lúcido como para poder seguir negando la realidad: él era el hombre-lobo; él era la Bestia.

Durante los tres últimos días había tenido sensaciones que le eran familiares: una gran inquietud, una impaciencia en cierto modo alegre, una euforia tensa en todo su cuerpo. ¡Volvía! El cambio estaba a punto de llegar una vez más, de nuevo. Aquella noche la luna se alzaría en el cielo, plena, y los cazadores estarían fuera en el bosque, con sus perros. Bien: no le importaba. Era inteligente, mucho más inteligente que ellos, más inteligente de lo que sus cazadores creían que podía ser la Bestia. Hablaban de un hombre-lobo, pero pensaban de él como si fuera un lobo y no un hombre. Ellos iban con sus furgonetas y jeeps, pero él podía, también, conducir su pequeño coche, un Volare sedán. A últimas horas de la tarde se dirigiría hacia Portland, pensó, y se detendría en algún motel de las afueras de la ciudad. Y cuando llegara el cambio, no habría perros ni cazadores. No, no eran éstos los que le asustaban.

"¿Por qué no se suicida?"

La primera nota le llegó a principios de mes. Decía simplemente: "Sé quién es usted." La segunda decía: "Si verdaderamente es usted un hombre de Dios, váyase de la ciudad. Váyase a algún lugar donde pueda matar animales y no seres humanos."

La tercera decía: "¡Termine ya!"

Eso era todo. Sólo "¡Termine ya!" Y ahora: "¿Por qué no se suicida?"

"Porque no quiero hacerlo -pensó el reverendo Lowe con petulancia-. Esto que me ocurre..., lo que quiera que sea, es algo que yo no he pedido, que yo no me he buscado. No he sido mordido por un lobo ni he recibido la maldición de un gitano. Es, simplemente, algo

que... me ha sucedido. Un día del último mes de noviembre estaba recogiendo unas flores para los floreros de la sacristía, en ese bonito cementerio de Sunshine Hill. Nunca antes había visto unas flores semejantes... Se marchitaron, murieron antes de que regresara al pueblo. Se volvieron negras todas ellas. Quizá fue

entonces cuando todo comenzó. No, no hay razón para que esté seguro de ello..., pero lo creo. Y no quiero suicidarme. Ellos son los animales y no yo."

¿Quién escribirá esas notas?

No lo sabía. El ataque de la Bestia a Marty Coslaw no había sido publicado en el semanario de Tarker's Mill y el clérigo estaba orgulloso de su capacidad para no escuchar chismes ni maledicencias. Es decir, del mismo modo que Marty no supo nada de Lowe hasta la noche de difuntos, porque sus ambientes religiosos no tenían contacto, tampoco el reverendo Lowe sabía nada de Marty. Y no podía recordar qué hacía cuando estaba convertido en hombre-lobo: sólo una especie de embriaguez, parecida a la alcohólica, acompañada de una sensación de bienestar cuando terminaba el ciclo hasta el mes siguiente y la inquietud antes de la llegada de la nueva luna llena.

"Soy un hombre de Dios al que sirvo -pensó. Se puso en pie y comenzó a pasear arriba y abajo por la habitación, cada vez más de prisa. El reloj del abuelo repetía su tictac de modo solemne en el tranquilo salón-. Soy un hombre de Dios y no quiero suicidarme. Estoy haciendo mucho bien aquí y, si en alguna ocasión hago el mal, bueno, son muchos los hombres que lo hicieron antes que yo; el mal también sirve a la voluntad de Dios, como nos enseña el Libro de Job. Si yo he sido maldito por una fuerza exterior, Dios me hará caer cuando Él crea llegado su momento. Todas las cosas están al servicio de la voluntad de Dios... pero ¿quién será? ¿Debo tratar de averiguarlo? ¿Quién fue atacado la noche del Cuatro de Julio? ¿Cómo perdí (cómo perdió la Bestia) mi (su) ojo? Quizá convendría silenciarlo..., pero no este mes. Hagamos primero que los cazadores vuelvan a dejar a sus perros en las perreras. Sí..."

Comenzó a andar, de prisa, cada vez más de prisa, encorvado, sin darse cuenta de que su barba, más bien rala (sólo necesitaba afeitarse una vez cada tres días, en los días normales del mes, claro está), le había crecido espesa y fuerte, dura; y que su ojo castaño había adquirido una tonalidad más clara, casi amarillenta que poco a poco iba adquiriendo un profundo color verde esmeralda que acabaría de llegar cuando se hiciera de noche. Se iba encorvando cada vez más a medida que se paseaba y seguía hablando consigo mismo, pero sus palabras adquirían un tono cada vez más profundo, más bajo, que cada vez se parecía más a un rugido.

Finalmente, la grisácea tarde de noviembre se fue oscureciendo, hasta adquirir una tonalidad más densa, y el reverendo se dirigió a la cocina, tomó las llaves de su automóvil, que colgaban detrás de la puerta trasera de la casa, y se encaminó al coche, ya casi corriendo. Se dirigió hacia Portland, conduciendo a toda velocidad, sonriendo, y no se detuvo cuando la primera nieve de la temporada empezó a caer arremolinada delante de las luces de sus faros, los copos como bailarines desprendidos de un cielo férreo. Presentía a la luna en algún lugar del cielo, por encima de las nubes; sentía su fuerza poderosa; su pecho'se dilató, estirando las costuras de su camisa blanca.

Conectó la radio con una emisora que transmitía música de rock and roll y se sintió realmente en forma..., ¡magníficamente bien!

Y lo que ocurrió más tarde, en esa misma noche, podría ser un juicio de Dios o una sangrienta burla de aquellos antiguos dioses a los que el hombre había adorado desde la seguridad de los círculos de piedras en las noches de plenilunio. ¡Oh, todo aquello resultaba divertido, demasiado divertido, porque Lowe había recorrido todo el camino hasta Portland para transformarse allí en la Bestia, pero el hombre al que había acabado por degollar y

destripar en aquella nevada noche de noviembre fue Milt Sturmfuller, un hombre que residía en Tarker's Mills desde toda la vida..., y quizá Dios era justo, porque si había un verdadero tipo asqueroso en Tarker's Mills, éste era Milt Sturmfuller. Había salido de su casa aquella noche, como tantas otras noches, diciéndole a su sufrida y maltratada esposa, Donna Lee, que se iba de viaje de negocios. Pero su negocio era una chica de mala vida llamada Rita Tennison, que le había contagiado un grave caso de herpes que él había transmitido a su esposa, a la pobre Donna Lee, que ni siquiera se había atrevido a mirar a otro hombre en todo el tiempo que llevaban casados.

El reverendo Lowe se había inscrito en un motel llamado The Driftwood, cerca de Portland-Westbrook, el mismo motel que Milt Sturmfuller y Rita

Tennison habían elegido aquella noche de noviembre para sus "negocios".

Milt salió de su bungalow a las diez y cuarto para buscar una botella de bourbon que se había olvidado en el auto, y quizá se estaba felicitando a sí mismo por estar tan lejos de Tarker's Mills en aquella noche de luna llena, cuando la Bestia, con sólo un ojo, se lanzó sobre él desde el techo de la cabina de un camión de diez ruedas y lo decapitó de un violento zarpazo con sus fuertes garras. El último sonido que Milt Sturmfuller oiría en su vida fue el aullido de triunfo del hombre-lobo que sonó cada vez con mayor fuerza. Su cabeza cayó bajo el camión, los ojos muy abiertos y la sangre brotando a borbotones de la garganta y la botella de bourbon se le escapó de su mano sin fuerza cuando la Bestia ocultó su hocico en la garganta y comenzó a alimentarse.

Y al día siguiente, de regreso ya en su rectoría baptista de Tarker's Mills y sintiéndose maravilosamente bien, el reverendo Lowe leyó en un periódico el relato del crimen y pensó piadosamente: "La víctima no era un buen hombre. Todas las cosas sirven al Señor."

Tras esos pensamientos, siguió pensando: "¿Quién es el chico que me envía las notas? ¿Quién fue atacado en julio? Ya es hora de que lo sepa. Creo que ha llegado el momento de prestar oído a lo que murmura la gente."

El reverendo Lester Lowe se ajustó el parche que cubría la cuenca vacía de su ojo, pasó a una nueva sección del periódico y pensó: "Todas las cosas sirven a la voluntad del Señor; si Dios quiere, lo encontraré. Y le haré guardar silencio. Para siempre."

DICIEMBRE

Faltaban quince minutos para la medianoche de Noche Vieja. En Tarker's Mills, como en el resto del mundo, el año llegaba a su término, y en Tarker's Mills, como en el resto del mundo también, el año pasado había traído cambios.

Milt Sturmfuller había muerto y su esposa Donna Lee, al fin libre de su servidumbre, se había ido del pueblo. A Boston, decían algunos; a Los Ángeles, según otros. Otra mujer había tratado de ganarse la vida con la librería Corner, aunque fracasó. Pero la barbería, el Market Basket y la taberna seguían haciendo negocios en sus mismos locales, gracias a Dios... Clyde Corliss había muerto, pero sus dos hermanos, que siempre fueron unos inútiles, Alden y Errol, seguían vivos y con buena salud. Cobraban uña paga de la beneficencia en la asistencia social de otro pueblo algo alejado de allí, pues les faltaba valor y les sobraba orgullo para hacerlo en Tarker's Mills. La abuela Hague, que solía hacer las mejores empanadas de Tarker's Mills, había muerto de un ataque cardiaco; Willie Harrington, a sus noventa y dos años de edad, había resbalado en el hielo frente a su casita de la Ball Strect, a fines de noviembre y se rompió la cadera; la biblioteca municipal había recibido un buen legado en el testamento de uno de los ricos que acudían allí a pasar el verano y pronto comenzaría la construcción de un pabellón destinado a los niños, algo de lo que ya se venía hablando en el pueblo desde tiempos inmemoriales. Ollie Parker, el director de la escuela, sufría una hemorragia nasal que

Librodot

no se le curó en octubre y que fue diagnosticada como hipertensión aguda. "Has tenido suerte, que no te estalló el cerebro", murmuró el médico, vendando el corte que le había hecho para eliminar la tensión, y le recomendó al viejo Ollie que perdiera veinte kilos de peso. Milagrosamente Olli había perdido diez de esos veinte kilos para Navidad y se sentía y tenía el aspecto de un hombre nuevo y distinto.

-Y actúa también como si fuera un hombre nuevo -le dijo su esposa a su íntima amiga Delia Burney, con una mueca significativa.

Brady Kincaid, asesinado por la Bestia en la temporada de las cometas, seguía muerto. Y Marty Coslaw, que solía sentarse precisamente en el asiento detrás de Brady, en la escuela, seguía siendo un inválido.

Algunas cosas cambian y otras no, y en Tarker's Mills el año viejo se iba y el nuevo llegaba, mientras la tormenta atronaba fuera y la Bestia rondaba. En alguna parte.

Marty Coslaw y su tío Al estaban sentados en la sala de estar del hogar de los Coslaw, contemplando en la televisión el show de Noche Vieja de Dick Clark desde Nueva York. El tío Al estaba sentado en el sofá y Marty en su silla de ruedas frente al televisor. En el regazo de Marty descansaba una arma, un Colt Woodsman del 38. El arma estaba cargada con dos balas de plata pura, que el tío Al había conseguido de un amigo de Hampden, Mac McCutcheon. Este Mac McCutcheon, después de algunas protestas, había fundido la cuchara de plata, recuerdo de la confirmación de Marty, con una lámpara de propano y había calculado la cantidad de pólvora necesaria para impulsar las balas sin hacer que salieran girando sin control.

-No te garantizo que funcionen -le había dicho aquel Mac McCutcheon al tío Al-, pero lo más probable es que sí. ¿A quién piensas matar, Al? ¿A un hombre-lobo o a un vampiro?

-Uno de cada -dijo Al, devolviéndole la sonrisa de complicidad-. Ésa es la razón por la que te encargué dos. Había también un banshee (1) por los alrededores, pero su madre ha muerto en Dakota del Norte y ha tenido que tomar el avión para Fargo. -Ambos se rieron de la broma, y después A1 le explicó-:Son para un sobrino. Está loco por las películas de monstruos y creo que será un buen regalo de Navidad para él.

-Está bien: si dispara contra un tablón o un árbol, trae la bala al taller -le dijo Mac-; me gustaría ver el resultado.

(1) Ser sobrenatural que, según una leyenda campesina irlandesa y escocesa, ronda gimiendo y aullando las casas sobre las que se cierne la muerte

La verdad era que el tío A1 no sabía qué pensar. No había visto a Marty ni había estado en Tarker's Mills desde el día 3 de julio; como había supuesto, su hermana mayor, la madre de Marty, estaba furiosa contra él por el asunto de los fuegos artificiales. "Podría haberse matado, tú, estúpido de mierda. ¡Por amor de Dios!, ¿qué suponías que estabas haciendo?", le gritó por teléfono.

-Más bien parece que fueron mis fuegos artificiales los que le salvaron... -comenzó Al, pero al otro lado oyó el golpe seco de quien corta, repentinamente, la comunicación. Su hermana era testaruda y, cuando no quería oír algo, no lo oía.

Después, a principios de diciembre, recibió una llamada telefónica de Marty.

-Tengo que verte, tío Al -le dijo Marty-. Tú eres la única persona con la que puedo hablar. -Hay problemas con tu madre, muchacho -le respondió Al.

-¡Es muy importante! -insistió Marty-. ¡Ven, por favor, por favor!

A1 se decidió a ir y desafió el silencio helado de su hermana, que no ocultó su desaprobación, en un día frío y claro de comienzos de diciembre. Al se llevó a Marty a dar un paseo con su coche deportivo, colocándolo firmemente seguro en el asiento delantero. Sólo

Librodot

que aquel día no hubo carreras de velocidad ni risas. Tío A1 oyó lo que su sobrino le contaba. Escuchó sus palabras con una inquietud cada vez mayor.

Marty comenzó contando a su tío lo que le había sucedido la noche en que quiso encender su maravillosa bolsa pirotécnica y cómo le había volado un ojo, a aquella monstruosa criatura, con una ristra de petardos de los llamados Black Cat. Después le habló de la noche de Halloween y del reverendo Lowe. Le dijo también que había comenzado a enviarle cartas anónimas..., anónimas lo fueron hasta las dos últimas, después del asesinato de Milt Sturmfuller en Portland. Estas últimas las había firmado, tal y como le habían enseñado en sus clases de redacción: "Suyo, sinceramente, Martin Coslaw."

-Nunca debiste escribirle a ese hombre, ni cartas anónimas ni firmadas -le amonestó A1 violentamente-. ¡Dios mío, Marty! ¿Acaso no se te ha ocurrido pensar que podrías estar equivocado?

- ¡Claro que sí! -dijo Marty-. Y ésa es la razón por la que he puesto mi nombre en las dos últimas cartas. ¿No vas a preguntarme qué ha pasado? ¿No vas a preguntarme si el hombre llamó a mi padre para decirle que le estaba escribiendo notas, una nota preguntándole por qué no se suicidaba y otra diciéndole que estábamos a punto de descubrirlo?

-No lo hizo, ¿verdad que no? -le preguntó su tío Al, aunque ya conocía la respuesta.

-No, no lo hizo -contestó Marty con calma-. No ha hablado con papá, ni con mamá. No les ha dicho nada en absoluto. Y tampoco ha hablado conmigo.

-Marty..., puede haber cien razones para que...

-No, sólo hay una razón. Sólo una. Él es el hombre-lobo, él es la Bestia, él. Y está esperando que llegue el nuevo plenilunio. En su personalidad de reverendo Lowe no puede hacer nada, pero como hombre-lobo sí que puede hacer muchas cosas. Podría hacerme callar para siempre.

Marty hablaba con tan helada simplicidad que Al casi quedó convencido.

-Bueno: ¿y qué quieres de mí? -le preguntó.

Marty se lo explicó. Quería dos balas de plata y una arma para dispararlas. Y también quería que tío Al estuviera allí la Noche Vieja, que ese año coincidía con la luna llena.

-No, no voy a hacer nada de eso -le dijo su tío-. Marty, tú eres un buen chico, pero estás yendo demasiado lejos, creo que desvarías. Me parece que sufres un buen caso de fiebre de silla de ruedas; es decir, tu fantasía se excita con tu inmovilidad. Si reflexionas sobre el asunto, acabarás por darte cuenta de ello tú mismo.

-Es posible -admitió Marty-, pero ¿puedes figurarte cómo te encontrarás si te llaman por teléfono el día de Año Nuevo para decirte que estoy muerto en la cama, despedazado y medio devorado? No querrás tener una cosa así sobre tu conciencia. ¿Verdad que no, tío Al?

Al comenzó a hablar, después cerró los labios de repente. Habían entrado en un camino para dar la vuelta y sintió el ruido de las ruedas delanteras al patinar sobre la nieve reciente. Dio la vuelta y se puso en marcha de nuevo. Había luchado en el Vietnam y ganado unas cuantas condecoraciones; había logrado evitar, con éxito, compromisos formales con varias jóvenes alegres y amables, pero ahora se sentía cogido, atrapado por su sobrino, un muchacho de diez años. ¡Su inválido sobrinito de diez años! Estaba claro que no quería tener un peso así sobre su conciencia, ni siquiera quería aceptar la simple posibilidad de algo semejante. Y Marty lo sabía. Marty sabía que su tío Al no lo dejaría solo, aunque sólo hubiera una probabilidad entre ciento de que tuviera razón...

Cuatro días más tarde, el 10 de diciembre, tío Al llamó por teléfono.

- ¡Buenas noticias! -le anunció Marty a su familia entrando con su silla de ruedas en la sala de estar, tras haber hablado con su tío-. Tío A1 viene a pasar la Noche Vieja con nosotros. - ¡Desde luego que no! -objetó su madre en su tono más frío y brusco.

Marty no se dejó amilanar.

-¡Vaya!... Lo siento..., pero acabo de invitarlo -dijo-. Me ha dicho que traerá algunas cosas para la fiesta.

Su madre se pasó el resto del día dirigiendo miradas de enojo al chico cada vez que lo observaba o que él fijaba la vista en ella, pero no llamó a su hermano para anular la invitación, para decirle que no se atreviera a acercarse a ella o a su familia. ¡Y eso era lo más importante de todo!

Aquella noche, durante la cena, Katie murmuró en son de burla:

-Siempre consigues lo que quieres. Sólo porque eres un inválido.

Con un gesto no menos burlón, Marty le respondió, también en voz baja:

-Yo también te quiero, hermanita.

- ¡Eres un mierdecilla!

Katie se marchó.

Y llegó la Noche Vieja. La madre de Marty estaba convencida de que finalmente A1 no aparecería por allí, sobre todo al ver cómo arreciaba la tormenta, y el viento soplaba y arrastraba la nieve. A1 decir verdad también el propio Marty tuvo malos momentos de duda..., pero tío A1 llegó a eso de las ocho de la noche, conduciendo no su Mercedes, sino un coche todo-terreno que le habían prestado.

A las once y media de la noche todos los miembros de la familia se habían ido a acostar, excepto ellos dos, exactamente como Marty había previsto que sucederían las cosas. Pese a que tío Al aún estaba rumiando el asunto, sin saber qué pensar de todo aquello, había llevado consigo no uno sino dos revólveres escondidos bajo su grueso abrigo de piel. Uno de ellos, cargado con las dos balas de plata, se lo entregó a Marty después que la familia se fue a la cama. Como si quisiera subrayar que ya era hora de acostarse, la madre de Marty dio un portazo cuando entró en el dormitorio que compartía con su marido..., un fuerte portazo. El otro revólver estaba cargado con munición más convencional..., pero A1 estaba seguro de que si algún loco se atrevía a entrar en la casa aquella noche (a medida que el tiempo pasaba sin que ocurriera nada empezó a dudar, más y más, de que algo fuera a suceder), su Magnum del 45 lo detendría sin lugar a dudas.

En aquellos momentos el cámara de la televisión estaba dirigiendo su objetivo cada vez con mayor frecuencia a la bola brillantemente iluminada que coronaba la pequeña torreta en el edificio de la Allied Chemical en Times Square. Estaban pasando los últimos minutos del año. La multitud congregada a los pies del edificio, para ver caer la bola a medianoche, gritaba alborozada. En el rincón de la sala de estar de los Cowslaw, opuesto al que ocupaba el televisor, estaba el árbol de Navidad de la familia que ya empezaba a secarse y adquiría un aspecto triste, desprovisto de los regalos que colgaron de él y con las agujas tornándose ligeramente marrones.

-Marty, nada... -comenzó a decir Al, pero en aquel momento la gran ventana de la sala familiar se rompió como si estallara hacia dentro con un tintinear de cristales rotos, para dejar entrar el viento helado y oscuro, remolinos de nieve blanca... ¡y a la Bestia!

Durante un momento A1 se quedó helado, rígido, por el terror y la incredulidad. Era enorme aquella Bestia, quizá más de dos metros diez, pese a que andaba agachada, de modo que sus manos-garras delanteras casi llegaban a la alfombra. Su único ojo, verde (exactamente como Marty había dicho, pensó confuso, todo tal y como Marty le había dicho), miró a su alrededor con un gran sentido perceptivo... hasta fijarse en Marty, sentado en la silla de ruedas. Se preparó para lanzarse sobre el niño. Un sordo rugido de triunfo salió, como una explosión, de su pecho y pasó entre sus enormes dientes blanco amarillentos.

Con la mayor calma, sin que la expresión de su rostro cambiara en absoluto, Marty alzó su pistola del 38. El chico parecía aún más pequeño, muy pequeño, en su silla de ruedas, con

sus piernas delgadísimas como palillos enfundadas en sus viejos tejanos, suavizados por el uso, sus zapatillas forradas de piel en aquellos pies que habían estado insensibles y dormidos durante toda su vida. Y, aunque pueda parecer increíble, por encima del loco aullido del hombre-lobo, sobre el gemir del viento, por encima de sus agitados y confusos pensamientos de cómo era posible que una cosa así sucediera en un mundo real, poblado por gente La sangre resbalaba sobre la salvaje y peluda máscara que era su rostro, y el único ojo, verde, pareció vacilante y confuso. Tambaleante, se dirigió hacia Marty, gruñendo, abriendo y cerrando sus manos-garras; de sus fauces afiladas salía una espesa espuma mezclada con sangre. Marty sostenía el revólver con ambas manos, como un niño pequeño sostiene un vaso. Esperaba, esperaba..., y cuando el hombre-lobo se lanzó de nuevo contra él, volvió a disparar. Como por encanto el otro ojo de la Bestia se apagó igual que una vela bajo el soplo del viento. La tormenta agitó las cortinas, que le envolvieron la cabeza -A1 pudo ver cómo flores de sangre comenzaban a abrirse sobre la tela blanca-, mientras, en el receptor de la televisión, la gran bola iluminada comenzaba a descender por la barra que la sostenía.

El hombre-lobo se derrumbó de rodillas, cuando el padre de Marty, con los ojos brillantes y vestido con un llamativo pijama de color amarillo, apareció en la sala. La Magnum 45 de Al seguía sobre sus rodillas. Al ni siquiera la había alzado.

En esos momentos la Bestia se desplomó por completo, tuvo una sacudida... y murió. El señor.Coslaw la miraba fijamente, con la boca abierta por el horror y la sorpresa.

Marty se volvió hacia su tío, la humeante arma todavía en las manos. Su rostro tenía una

expresión cansada, pero como de alguien que, finalmente, ha alcanzado la paz.

- ¡Feliz Año Nuevo, tío Al! -exclamó el chico-. Ha muerto. La Bestia ha muerto...

Y comenzó a llorar.

En el suelo, bajo la ruina de las mejores cortinas de la señora Coslaw, el hombre-lobo había comenzado a cambiar. El pelo que había cubierto su cuerpo y su rostro pareció como si volviera a entrar en el cuerpo de un modo extraño e inexplicable. Sus labios, contraídos en un rugido de dolor y rabia, se relajaron y cubrieron los dientes que empezaron también a encogerse, a reducirse al tamaño y la forma de una dentadura humana. Las garras parecieron fundirse mágicamente hasta transformarse en uñas, unas uñas humanas que de forma patética mostraban huellas de ser las de un hombre que acostumbraba mordérselas.real y cosas reales, sobre todo eso. A1 oyó cómo su sobrino decía:

- ¡Pobre reverendo Lowe! Trataré de liberarle de su sufrimiento.

Y cuando el hombre-lobo se disponía a saltar, su sombra, una mancha en la alfombra, con sus manosgarras extendidas, Marty abrió fuego. Debido a la escasa carga de pólvora, el arma hizo un ruido absurdamente insignificante, como el disparo de un insignificante fusil de aire comprimido.

El rugido del hombre-lobo ascendió en una espiral de rabia, hasta alcanzar un registro mucho más agudo, convertido en frenético grito de dolor. Chocó contra la pared y en sus espaldas apareció un gran agujero exactamente al otro lado de donde recibió el tiro. Una pintura de Currier

e Ives que colgaba de la pared se desprendió y cayó sobre su cabeza, resbaló sobre la piel peluda de su espalda, para acabar haciéndose añicos sobre el suelo, cuando el hombrelobo se dio la vuelta.

El reverendo Lowe yacía allí, envuelto en una cortina ensangrentada, mientras la nieve que entraba por la ventana destrozada caía a su alrededor formando figuras extrañas.

El tío Al se dirigió hacia su sobrino para confortarlo, mientras el padre de Marty se agachaba junto al cuerpo desnudo que yacía en el suelo, mientras la madre, abrochándose los

botones del cuello de su bata, entraba en la habitación. Al tomó en sus brazos a su sobrino y lo estrechó fuertemente, fuertemente...

-Has hecho bien, muchacho -murmuró-. Te quiero mucho.

Fuera, el viento aullaba y gritaba contra el cielo cubierto de nieve. Y en Tarker's Mills, el primer minuto del Año Nuevo se convirtió en historia.

EPÍLOGO

Todo aquel que se dedique a estudiar la luna, se habrá dado cuenta de que, independientemente del año que se trata, me he tomado un buen número de libertades con el ciclo lunar -por lo general para aprovecharme de los días más convenientes (el día de San Valentín, la fiesta nacional norteamericana del 4 de julio, la noche vieja, etc.), los que señalan en nuestra mente hechos destacados, de algunos meses. A esos lectores que podrían pensar que me había equivocado o que era un ignorante en esta especialidad, les aseguro que no es así..., pero la tentación era demasiado grande como para no caer en ella.

STEPHEN KING
4 de agosto de 1983.

Librodot